



© Raúl Argemí  
Mayo 2017

**Descarga gratis éste y otros libros en formato digital en:  
[www.brigadaparaleerenlibertad.com](http://www.brigadaparaleerenlibertad.com)**

**@BRIGADACULTURAL**

ANTOLOGÍA  
CUENTOS

RAUL ARGEMÍ



---

## EL LIBRERO DEL ÁNGEL NEGRO

*Dans une rue étroite et sans soleil de Barcelone vivait,  
il y a peu de temps, un de ces hommes au front pâle...*

Gustave Flaubert, *Bibliomanie*

Mirando los ojos de su ángel negro él va a morir. Oirá sus propios gritos, sus desesperadas súplicas como si fueran de otro, encerrado en el capuchón que oculta los visajes de la muerte, las babas que se escurren de la boca como si hubiera vuelto de pronto a sus primeros días de nacido. Hará fuerza por creer que el agarrotado soy yo, que soy yo el que oye cómo se desliza del tornillo y siente la presión, el dedo de Dios señalando el punto preciso de su cuello, de esa vértebra que se hunde hacia adelante, atropellada por el hierro y le corre por las venas, por los nervios, por los orines y con la mierda que se le escapa como un definitivo orgasmo; que soy yo el que muere, y hará fuerza, mucha, por ser él quien mira y cuenta y yo el que... Pobre infeliz. Pobre infeliz, me dije el día, más bien la noche, en que hablamos por primera vez.

---

Abrió los ojos, que había cerrado como quien sella una cripta para que los espantos ni entren ni salgan, y en ellos hubo un destello de reconocimiento.

— Por fin tengo compañía... — dijo.

Tenía mi misma voz. Gastada por los ayunos, las horas de rodillas sobre el suelo de piedra y los brazos en cruz, sintiendo los cuchillos del frío y del calor, en cada temblor de la ropa, en cada ráfaga que cruza bajo las bóvedas; por el hambre que limpia de malos humores y peores pensamientos, y la sed, que baña la boca con la sal y las arenas del desierto. Apenas un susurro afónico, agotado por el oficio de aceptar sin saber, nunca, si es necesario. Es necesaria mucha furia para que yo grite. Es necesario mucho miedo, mucha desesperación, para que Fra Vicenç grite. Pocas veces lo ha hecho y hoy, dentro de un rato será la última de ellas.

— ¿A qué has venido? — dijo —. ¿Qué me traes?

— Sueños más veraces que la mordida de un perro. Mujeres. Abiertas de piernas, con la verga de un toro castigando sus espaldas, sus tetas sangrando, para que mames, y te toques, ya sabes. ¿aún queda algo que no sepas?

— Es mucho lo que no sé... Pero no quiero saberlo. ¿Por qué vienes a tentarme?, ¿qué quieres de mí?

— Tu alma... Tal vez tu alma. Aunque no sé muy bien para qué me servirá esa carnaza podrida.

Esa vez gritó:

— ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Demonio!

Jadeaba. Que fácilmente se confunden los gestos del placer extremo con los del miedo en los huesos.

---

Era lo mismo. En Fra Vicenç es igual el placer, el miedo y el asco; revueltos.

—Ni fuera... Ni demonio. Me llamo Gabriel, si no te parece mal... Y soy tu ángel personal.

A veces no me entiende, me mira alelado. No puedo ponerme irónico con Vicenç porque no comprende la ironía.

Lo vi encogerse de rodillas, golpeándose los muslos con furia; el sudor le corría a chorros por el rostro y le empapaba el hábito por la espalda.

—Es lo que tiene el cilicio cuando lo golpeas. Un batallón de hormigas carnívoras arando a diente tus muslos. ¿Por qué no lo dejas Fra Vicenç?

—Fuera, fuera, fuera... —repetía, golpeándose cada vez más fuerte. Poco a poco, gota a gota, la sangre subía, empapaba la lana, oscurecía el hábito bajo sus palmas.

De pronto fue como si ya hubiera hecho todo lo que correspondía hacer, porque dejó de castigarse y se dejó caer sentado, en un rincón de la celda, la espalda contra las piedras encaladas. Cuando levantó la cabeza para mirarme, en sus ojos había una turbia mirada de deseo.

—Gabriel... —masticó las palabras, jadeando de cansancio—, hace tiempo que dejé de creer en... Tendría que saber que tal vez te ha parido mi cabeza... Pero voy a pedirte algo... A ponerte a prueba.

—Ahora estás entrando en razón. Eres un hombre culto y me desagrada verte metido en estos bailes de púas y látigo...

—Cilicio y disciplina, se llaman.

—Llámalos como te venga en ganas, puto fraile, son púas y latigazos, y no disfrutas lo suficiente como para que no me repugne, pedazo de mierda. ¿así te va mejor?

---

— No quiero discutir... Mujeres has dicho. Mujeres abiertas de piernas...

— Golpeadas por una verga de toro.

— ¿Dónde...?

— En tu lugar de trabajo, en la biblioteca, a pocos pasos de tu mano.

Me miró entrecerrando los ojos y pude oír deslizarse las culebras en su cabeza:

— ¿Mi diestra o la otra?

— La que usas para matarte a pajas.

Rió silencioso, encogiendo la cabeza entre los hombros, repugnante tortuga sin caparazón.

— Para abrir ese armario se necesita un permiso.

— ¿Vas a hacerme perder el tiempo?

Su manera de reír es imposible de concebir en otra persona. Abre la boca como si pusiera en ofrenda los tres dientes que le quedan, para que se los arranquen.

— Ya tienes la llave..., y no voy a preguntarte de dónde la robaste; todo está patas arriba.

— Todo patas arriba, sí — balbuceó de golpe, transido de tristeza —. Tenemos que dejar el monasterio al rey; irnos lejos... ¿morir?

— Nadie se muere antes de su hora, y tú menos. ¿cuántos libros has robado de ese armario?

— ¡Sólo uno! — se disculpó —. ¡Es tan bello, con sus broches de plata y las letras de oro!

— Lo que importa es el alma, cuál es su alma...

— Enseña a descubrir a las brujas en sus mentiras... pero no tiene grabados.

— Ya... En ese armario, donde se esconden los perversos placeres de la inquisición, hay libros con grabados.

---

— Tiene que haberlos... — dijo agachando la cabeza, hurtando los ojos.

— Yo digo que hay..., y que los traerás a esta celda. Las mujeres con las piernas abiertas, cabalgando desnudas sobre la cuña de madera, el coño sangrante, los pechos que sangran, las deliciosas brujas, putas, follando con cabras, con caballos, con burros hermanos de Satán.

— Oh... — dijo, volviéndose hacia la pared —. Vete, déjame solo.

Y ahí se quedó, masturbándose con la promesa de lo que mañana sacaría del armario para enloquecer en su celda.

## *NO FUI YO QUIEN SE LO DIJO*

No fui yo quien se lo dijo, fue su ambición. Un antiguo abad del Reial Monestir de Santa Maria de Poblet había encerrado los libros secretos de los procedimientos de la inquisición con una torpe llave. El abad de la diáspora, el que ahora ya no podía preocuparse por un infeliz bibliotecario escuchimizado, con barriga zurumbática y cara de judío, lo ignoraba todo.

Fra Vicenç tenía que tomar una decisión. Agarrar su atadito y marchar hasta el monasterio que lo recibiera, o... romper amarras y liberarse.

Rezaba pidiendo auxilio, agrietado por el miedo a lo sin límites, sin muros, sin reglas impuestas, sin que hubiera lugar a trapicheos, te pago tu perdón con mi sufrimiento.

---

En el fondo ya lo tenía resuelto. Mientras los frailes se despedían de esas paredes que serían arrasadas por la glotonería de un rey, Fra Vicenç atesoraba. Uno a uno había sustraído los libros de aquel armario, para rendirles el tributo de su cabeza y de sus partes. Hervía como un caldero onanístico.

Ya lo tenía decidido: rompería con la orden cisterciense. Por primera vez en su vida era dueño de un tesoro, y aún podía tener más. Todos los frailes se iban, dejando atrás las tumbas de los reyes de Aragón, abandonadas a los inevitables saqueadores de iglesias. Esa deserción olía a venganza contra la casa real, a no ser que los reyes se pusieran en marcha por su propio pie.

Por un instante imagino a los reyes de Aragón obligados a caminar con sus tumbas a cuestas, y me río a carcajadas. Vicenç también ríe, tal vez por esa convicción de que se puede volver de todo pero nunca del ridículo.

—Hermano Vicenç, ya los últimos nos ponemos en marcha. Tarragona nos aguarda... ¿no quiere venir con nosotros? Luego, el camino se le hará más largo en soledad...

El fraile no ha cruzado la puerta. Se mantiene un paso afuera, una sombra orlada por la luz del patio de galerías.

—Tengo que meditarlo mucho, tengo que rezar mucho, antes de... —dice Vicenç, con una mirada de locura que hurta los ojos a su compañero.

El hombre se vuelve un momento de medio lado y hace un gesto de interrogación. Alguien que ha quedado fuera de su vista le contesta:

—Le dejaremos suficiente pan. Nada puede pasarle, si no se queda demasiado tiempo.

---

—Bien, hermano Vicenç —dice el fraile—, con Dios lo dejo. Que Jesucristo ilumine su camino, y que sea pronto, antes de que este pobre monasterio sea invadido por ladrones.

Levantó los ojos y nos miramos. Dentro de muy poco, cuando los carrmatos ya no pudieran hacernos oír el rechinar de sus ruedas, seríamos libres.

Rió con la boca abierta, sin sonido. Sólo le quedaban tres dientes. Un recuerdo de los franceses. Cuando la invasión, saquearon el monasterio y hubo hambre durante un buen tiempo. Engañaron la tripa con una judía seca en la boca, hasta que terminaba deshaciéndose en baba, pero comida de verdad, nada. Entonces el escorbuto y la pelagra arrasaron con los dientes y los pelos de frailes y no frailes.

## *LO QUE NADA APORTA*

Lo que nada aporta por rutinario o banal no debe ser narrado. Para qué perder el tiempo contando los innumerables regateos con carreros para trasladar unos pocos bastimentos y centenares de libros robados por Fra Vicenç para iniciar una nueva vida muy lejos de las celdas claustrales.

Debo decir, eso sí, que el fin del verano de 1836 nos encontró en Barcelona, arrinconados en una tienda del barrio de comerciantes junto a la antigua muralla de Sant Antoni. Por encima del terco aroma de los libros, pergaminos historiados y estampas, sobrevolaba un perfume de castañas asadas y de vinos, memoria de los anteriores ocupantes de la tienda.

---

Saber comprar barato a los incautos y vender caro a los eruditos es el secreto de toda librería de antiguos. Después de un recorrido por otros libreros, antes de que nos conocieran la cara, nos hicimos una idea de cuánto se podía pedir y por qué.

Así llegamos al comienzo de la historia que cerraría, justo un año después, con Fra Vicenç esperando aterrado el amanecer.

Fue tarde, cuando ya la noche se hacía dueña de las calles, y en la tienda Vicenç repasaba sus cuentas a la luz de una bujía. El hombre se coló por el resquicio de la puerta entornada y se acercó a la tabla del mostrador depositando un atado rústico.

Enseguida supe que no era lo que aparentaba. Sus ropas habían sido de buena calidad pero estaban muy gastadas y algo sucias, como si fuera el criado de una casa de alcurnia que se vestía con las sobras de sus amos, pero sus manos desmentían el resto. Nunca habían trabajado.

Lo que tampoco mentía era la palidez de su rostro, y los ojos cercados de azul sobre los huecos de la calavera. Ese hombre consumía opio cada día, y su vida fuera de los ensueños debía ser un fragor permanente.

—Quiero que vea lo que traigo —dijo, agregando con una mirada lateral— y espero que no me pregunte de dónde ha salido, porque buscaré otro comprador.

—Seré mudo como un pez muerto —le contesté, buscando una sonrisa, pero él se limitó a asentir aprobando.

Con un gesto de contrariedad desató los nudos y expuso a nuestros ojos aquel libro en gran folio, titulado enigmáticamente *Ananga Ranga*. Los textos estaban en inglés con

---

tipos góticos, pero lo verdaderamente impresionante eran los grabados. Todos originales, al aguafuerte, iluminados uno a uno con aguadas y protegidos por una hoja de seda.

Mujeres y hombres en posturas sexuales que desafiaban las leyes de la gravedad, con sonrisas lejanas, de estado fuera de lo normal, estampadas en los rostros.

Vicenç se había mantenido un poco al margen, pero enseguida estuvo encima del libro, jadeando entrecortadamente, disimulando su perturbada atracción por los grabados eróticos y pornográficos.

El hombre captó el interés, pero debía ser mucha su necesidad de metálico porque la suma que sugirió podíamos pagarla. Quemando las reservas, pero podíamos pagarla, y Vicenç podía dar su alma por ese libro.

Cuando el hombre, que volvería más de una vez, se marchó, Vicenç terminó de cerrar la tienda y corrió a echarse en la cama con los pantalones bajos, el libro al alcance y la mano en sus partes.

De pronto lo tuve donde quería que estuviera, pegado a su debilidad: su hambre por los libros pornográficos y el inevitable y deseado comercio de la carne consigo mismo. La tentación para Vicenç eran los libros prohibidos, y eso cuesta mucho dinero.

---

## SE TOCABA SIN CESAR

Se tocaba sin cesar por los rincones. Se escondía atrás, en el recoveco donde había armado su cama, y nunca se regocijaba con menos de dos o tres libros abiertos a la vez, como un concierto de grabados que jugaban con sus sentidos, lo excitaban hasta que se corría con ese olor a semen de fosa, a flor blanca de cementerio que tienen los jugos nacidos viejos de los nacidos para frailes.

Yo atendía la tienda. Habíamos tenido suerte con la partida de la anterior ocupante, una vieja que traficaba con castañas y putas pobres. Un tumor maligno la ligaba a su cama, pero no quería ir al hospital. Cuando la gente como ella va al hospital es para morirse, y ella se aferraba a la vida como una ladilla. El dueño del local se mostró agradecido de que un fraile que ya no lo era por la prepotencia de la corona borrara la memoria de las putas que trajinaban en torno a la vieja castañera y las cambiara por libros.

Es cierto, ayudamos a la castañera a irse de la tienda, y Barcelona tuvo otra librería de textos para coleccionistas.

Con la compra del *Ananga Ranga* nuestras arcas quedaron vacías. Los libros que Vicenç vendía habitualmente dejaban una miseria. Textos muy sobados, restos de playa, como basura de marea, de estudiantes que habían dejado atrás sus estudios y eran ya otra cosa, doctores o trapisondistas. Es cierto que teníamos un fondo que valía una fortuna, los libros que habíamos robado de la biblioteca del Monasterio de Poblet. Los libros de la inquisición,

---

los prohibidos, los pecaminosos, los de la bestialidad admitida como virtud sacrosanta.

Una mañana en que Vicenç había ido a revisar, tasar y tal vez expoliar la biblioteca de una gente que no sabía qué podía haber de valor, pero que necesitaba el dinero, se presentó en la tienda el primer muerto. Quiero llamarlo así para claridad de esta narración que nada tiene de misteriosa. El primer muerto.

Era un hombre rico. Eso era visible en la parquedad de sus ropajes de tonos oscuros; los pobres son ostentosos.

Era rico y aprovechaba sus viajes de negocios a Barcelona para explorar en busca de determinados libros, dijo:

—Busco determinados libros... Y me gustaría contar con su invaluable ayuda.

—Si quiere decirme cuál es el tema, el autor, o dejarme una lista de probables títulos, tal vez pueda hacer algo.

Entonces nombró, como una orientación general, dos o tres títulos, agregando que por el precio no debía preocuparme; que mientras no quisiéramos tomarlo por tonto no discutiría.

Cuando se fue con el bastón marcando sus pasos bajo el sol del mediodía pude ver lo que sucedería, paso por paso. Me había dejado su dirección transitoria. Allí debía dejarle un mensaje si podía satisfacer sus deseos antes de que dejara Barcelona.

El primer muerto coleccionaba materiales que aunaban el dolor con el placer en grados extremos, y yo tenía lo que él estaba buscando. Entre los libros robados del monasterio había varios que se ajustaban a su deseo. Lo difícil sería convencer a Vicenç de que se desprendiera de ellos. Sin embargo, fue fácil, porque ayudó la suerte.

---

Con la caída de la tarde, cuando las bujías marcaban la oscuridad con más ahínco que la noche misma, retornó el hombre misterioso que se disfrazaba de criado de casa rica, ladrón de libros de su amo, para satisfacer su necesidad de opio.

Hacia unos días raros en Barcelona, como de verano a pesar del otoño y, dentro de lo que manda la decencia, la gente andaba más ligera de ropa. El hombre no. Necesitaba ese levitón pardo para esconder un libro de los moros que, cuando lo abrió sobre el mostrador, pese a su tamaño en octavo mayor, pareció ocupar todo el espacio, consumir el aire, y más aún, con sus figuras de una sexualidad apabullante. Los grabados habían sido iluminados con tintas por un gran artista que lograba que los colores consiguieran la turgencia, la piel de seda, y la premura primordial de las carnes.

## *SE LE CORTÓ EL ALIENTO*

Se le cortó el aliento y podía haber muerto si no lo salva una tos oportuna, y el paso atrás que tuvo que dar cuando el hombre nos miró con esos ojos hundidos en las cuencas y dijo cuánto quería por *El jardín perfumado*, de Cheik Nefzaoui.

Era imposible pagar esa suma. No la teníamos. Pude ver cómo la locura y la furia hinchaban las venas del cuello de Vicenç. No podía pagar ese libro, pero tampoco podía dejar que se le escapara. No lo sabía, pero estaba dispuesto a matar para quedárselo.

---

—Gabriel... —pidió ayuda con sus ojos acuosos.

—Señor —intervine—, si pudiera darme tiempo hasta mañana, le juro que al anochecer habré reunido la suma que me pide.

No sé qué pasaba por la cabeza del hijo del opio, pero era evidente que no estaba en sus planes malvender la pieza y que podía esperar un día más, porque escondió el libro en su levitón y dijo:

—Hasta mañana. Sólo espero hasta mañana, y si no... Tendré que recurrir a Patxot.

No era la primera vez que oía ese nombre, pero antes no era lo que comenzaba a ser, nuestro enemigo. Patxot tenía la tienda más reputada entre los librereros de viejo de Barcelona, y vivía como un rey gracias a sus ganancias. Hasta ese día y esa hora no nos importaba nada su existencia, pero a partir de ese momento lo veríamos con odio y envidia. Patxot podía comprar ese libro si Vicenç no encontraba la manera de hacerse con él.

Fue entonces cuando di el primer paso hacia hoy. Antes tuve que esperar a que Vicenç dejara de llorar y retorcerse como si estuviera envenenado. Entonces le hablé del hombre que se hospedaba en la plaza Real, a quien iría a ver con el libro del Papa Pablo IV, Gran Inquisidor, maestro de la tortura y ferviente perseguidor de brujas. Con sus ilustraciones rústicas como el sexo en el campo, *In extremis*, que explicaba las 666 clases de brujas existentes, le resultaría irresistible.

—¡No quiero, no puedo venderlo, no puedes separarme de ese libro! —gimió Vicenç. Entonces lo traté de hijo de puta imbécil y le dije qué me proponía hacer. Se quedó un

---

momento viendo visiones, con su desdentada boca abierta, la lengua moviéndose como un gigantesco gusano con vida propia, y luego asintió.

Solamente tuve que recordarle que yo ya había dado el primer paso con la putera vendedora de castañas, cuando aproveché su soledad para asfixiarla con una almohada y así heredar su tienda.

A media mañana llegué hasta el hostel donde el primer muerto se hospedaba. Me había vestido adecuadamente, pero me hicieron esperar porque estaba reunido con otra persona.

Cuando subía a sus habitaciones me crucé con Patxot en las escaleras. Nos ignoramos significativamente. Los dos sabíamos por qué estaba el otro en ese sitio.

El primer muerto fumaba un cigarro perfumado y se tomó un buen rato para admirar el libro del Papa Pablo IV, que odiaba por igual a los judíos, las mujeres y los protestantes, sin siquiera ofrecerme una silla. Esperé, de pie, con la actitud propia de un sirviente.

Al fin dijo lo que quería oír:

— ¿Cuánto cree que vale esto que me trae?

Dije una cifra. Lo había pensado mucho durante la noche. Tenía que ser una cantidad no imposible de pagar en metálico, aunque pensara que era un tonto. Tenía premura y no podía tomar letras, me justifiqué.

— Está bien... Aceptado — dijo, encaminándose hacia un escritorio donde se amontonaban prolijas pilas de papeles y registros con cuentas y sellos que no pude reconocer. Allí abrió una espléndida cartera de viaje y me entregó el pago.

— Sé dónde hay más... — dijo.

---

— ¿Como éste?

Asentí, mudo.

— ¿Están en venta?

— Tal vez...

— Sí o no. No me haga perder el tiempo.

— Es que... Se trata de un coleccionista. Un hombre un poco maniático, si me permite. A un caballero como usted sin duda le dejará observar su colección y hasta estaría feliz de venderle algún libro porque, esto no se lo dirá pero yo sí puedo decirlo, tiene algunas dificultades económicas.

— ¿Qué me sugiere?

— Si usted quiere, esta noche misma puedo llevarlo hasta su casa, pero usted, caballero, deberá aportar algo para que confíe. Si usted lleva el libro que acaba de comprar, para que él sepa que sabe y comprende su pasión, seguramente sacará provecho.

— ¿No es un poco rara su propuesta?

Me encogí de hombros pidiendo disculpas:

— Ya se lo he dicho..., el hombre tiene sus manías, y no se desprenderá de nada que no vaya a parar a las manos adecuadas.

Tiró el cigarro apagado por la ventana, se sirvió un trago de un botellón de cristal y, después de encender otro cigarro, aceptó que cada uno tenía sus rarezas, y que estaba dispuesto a verlo.

Le di una cita en la calle de los plateros, sobre la hora de la cena, y me retiré con una reverencia.

Fue un día difícil. Vicenç se comportaba como si le hubieran arrancado las tripas. Se puso un poco mejor cuando al atardecer, después de que hubiéramos entornado la

---

puerta de la tienda, regresó el opiómano con su maravilloso *El jardín perfumado*. Esa vez había una sordera angustiada en su voz. Hasta después no supe qué prohibición eludía con la venta secreta de parte de su biblioteca, que era y no era suya.

Pagamos, y un rato más tarde Vicenç se encerraba en la trastienda con un candil, como si esa fuera su noche de bodas.

## CUANDO LOS OLORES DE LAS CENAS

Cuando los olores de las cenas llenaban las vacías callejuelas de Barcelona, pude acercarme hasta el portal de la calle de los plateros y acecharlo.

Llegó punteando los adoquines con su bastón. La lumbré de su cigarro ardía como una brasa del infierno en la oscuridad llena de gatos.

— ¿Es aquí, en esta casa? — preguntó.

— Aquí mismo — mentí —, ¿trajo el libro?

Podría haber dicho que no, que no le daba la gana de traerlo consigo, y ya nunca lo hubiera recuperado. Ése era el punto débil, fatalmente débil, de mi maniobra. No me pondría en ese riesgo nunca más.

— ¿Puedo verlo? — insistí.

Hizo un gesto de fastidio pero metió la mano bajo la capa y me lo mostró. Entonces me arrojé sobre él con el cuchillo, directo a su garganta.

---

No fue fácil. La gente no muere fácilmente, ni siquiera tomada por sorpresa. El primer muerto alcanzó a retorcer el puño de su bastón y extraer, a medias, la hoja del estoque. Pero no pudo escapar de la muerte. Mi mano lo aferraba de los pelos mientras el cuchillo bailaba revolviendo y cortando tendones y venas de su cuello, que vertía una catarata de sangre.

La primera vez que se mata todo es ferozmente confuso, y cuando se da el paso atrás y se observa el resultado, aparecen cosas que no tienen explicación: el corte en el brazo que no pudo hacerme con su estoque, la cuchilla que no sé cómo se atoró en un hueso y tuve que abandonar en su garganta, los pelos que tuve que escupir de mi boca, el olor a mierda que se me escurría entre las piernas, ni cómo su bolsa, preñada para la compra que pensaba hacer, y su reloj de oro, fueron a parar a mis bolsillos.

Siempre es así la primera vez. Oscuro. Pero se aprende.

Cogí el libro y, con su bastón estoque dispuesto para repeler a cualquiera que quisiera detenerme, huí tan rápido como pude.

Poco más tarde, Vicenç se lamentaba de haber estropeado para siempre su ropa. Y era cierto. El dulce y pútrido olor de la sangre y la mierda impregnaba la tienda, y tuvo que desnudarse totalmente; con su cuerpo escuchimizado de fraile ajeno al trabajo físico, con un trapo en la palangana frotando el jabón de cebo, parecía un carnicero descuidado.

Hice un atado con su ropa sucia y salí otra vez a la calle. Hay rincones cerca del puerto donde esa ropa sería devorada por las ratas, que acudirían en riada al olor de la sangre.

---

## FRA VICENÇ ME MIRA

Fra Vicenç me mira con ojos desorbitados. Pronto amanecerá y vendrán a buscarlo, para llevarlo a rastras (¿de qué otra manera, si no?) hasta el sitio donde será agarrotado. Tiembla, mojado en sus últimos sudores. Pero yo lo veo como era, como comenzó a ser, en la mañana siguiente al primer muerto.

Como si de golpe hubiera sido absuelto de todos sus pecados. Después de arrojar la ropa a las ratas se había masturbado una y otra vez, pegado a su libro recuperado, babeando sobre las ondulantes figuras, gimiendo sobre las aguadas voluptuosas del libro más nuevo, comprado al opiómano.

Luego se durmió como un leño un par de horas y salimos a la calle ya con el sol alto a recorrer las tiendas de ropas de segunda mano. Allí eligió sin preguntar el precio. Parecía como si hubiera decidido que valía la pena vivir la vida. Más aún, se permitió la locura de entrar en la tienda de Patxot y comprar unas estampas baratas de bailarinas turcas, que un dependiente del librero ocultó en un envoltorio de papel. Para su suerte, Patxot, que podía haber relacionado el primer muerto con su figura subiendo las escaleras en la plaza Real, no estaba a la vista.

El segundo muerto llegó una mañana sabiendo exactamente qué buscaba. Se lo había dicho el opiómano, a quien hacia un tiempo que no veíamos. Quería el *Ananga Ranga*, aquel libro en gran folio que exhibía las posiciones cule-

---

breantes de la guerra de los sexos. No tuve que decir nada. Vicenç había aprendido la lección. Citó al hombre a una hora tardía, cuando ya la noche dominaba la ciudad, y lo atendió a puertas cerradas.

Pagó lo que le pedimos porque no podíamos negarnos a vender. El hombre, con insidia, había dejado caer que si las autoridades se enteraban de que teníamos ciertos materiales prohibidos nos esperaba la cárcel. El miedo y la seguridad de lo que ya se ha probado como bueno hicieron el resto. Salimos detrás de él y nos pegamos a sus pasos como una sombra.

No podíamos aguardar demasiado, y a la primera oportunidad Vicenç saltó hacia su espalda y le hundió el estoque hasta la mitad de la hoja. El segundo muerto quiso revolverse, tosiendo, los pulmones inundados por su sangre, y recibió la segunda estocada en el cuello. Entonces cayó girando sobre sí mismo, a cuatro patas, aún buscando el escape, sin conseguirlo. El filo del estoque era muy largo y el tajo en la garganta terminó con sus horas.

Lo miré derrumbarse y me dije que así tenía que ser, atacando por la espalda, para no tener que comprar ropa nueva cada vez. Recuperé el libro y retrocedí a la oscuridad sin problemas. Estaba aprendiendo rápido. Nunca hay nadie cerca en las noches cuando suceden estas cosas, y si hubiera, pondría distancia rápidamente para no ver, no oír y no tener que hablar.

---

## *EN LA COSTUMBRE ESTÁ LA SEGURIDAD*

En la costumbre está la seguridad, pero no la saciedad. Vicenç dormía otra vez mal y olía peor. Se había apoderado de él una sed irrefrenable por textos y estampas de sexo brutal, y había estado un par de veces a punto de destrozarse la verga estrangulándosela con alambre para retener la pérdida seminal, que lo corroía como si ése fuera el único pecado intolerable.

Curiosamente, su vida como librero había dado un giro importante. Gracias al dinero con que contaba por las ventas a los muertos se había convertido en un buen comprador y la tienda, cada día más parecida a una cueva de rata, era visitada por muchos bibliófilos, estudiantes de letras y bachilleres de paso, en busca de textos agotados o difíciles de hallar. Era como si esa mezcla de olor a mugre, semen reseco, cueros de encuadernación y tintas viejas les garantizara la autenticidad de aquello en lo que gastaban su dinero.

Aunque todavía a escala no comparable, su existencia ya resultaba una pequeña molestia para su competidor y enemigo larvado, el señor Patxot, a quien comenzaba a inquietarle ese fraile exclaustado que esquivaba todos los lujos para vivir encerrado entre sus estanterías.

Su muerto número seis de ese año, y no hubo otro, fue nuestro amigo el opiómano.

A esas alturas ya no se cuidaba en ocultamientos. Era el hijo menor de uno de los apellidos más antiguos de Cataluña y ejercía de estudiante crónico, mantenido por una renta

---

holgada pero magra para sus vicios. Por eso, de tanto en tanto, saqueaba la biblioteca de la familia, olvidada en los altos de la masía por falta de lectores, y sacrificaba alguno de los volúmenes que un par de generaciones de erotómanos habían acumulado.

Por él, un día que estaba de humor sardónico, supimos que Patxot había comprado un ejemplar único de la Biblia, salido de las prensas del propio Gutenberg. Una Biblia protestante impresa a todo lujo en alemán, que había formado parte de la colección de Biblias del káiser Guillermo: la *Biblia Guillermo*.

Esa vez, como siempre a la hora en que habíamos cerrado las puertas y Vicenç comía su pitanza nocturna a la luz de un raquíptico candil, sus golpes nos indicaron que allí estaba. Se le veía sonriente, vestido según su condición, y lo primero que hizo, sin decir buenas noches, fue dejar sobre el mostrador un hinchado monedero de ante, que abrió con un gesto despreciativo para que apreciáramos el relumbrón de las monedas de oro.

—Ha muerto mi padre —dijo, como si eso lo explicara todo— y quiero recuperar mis libros. Comencemos por el último.

Vicenç lo miró un instante, bajó la vista hasta las monedas y sin contestar una palabra las volcó sobre la mesa contándolas con parsimonia. Luego separó unas cuantas y las deslizó hacia la mano del otro. El resto desapareció sin prisas en el bolsillo de su gabán.

—Esto es lo que pagué por él, y no quiero una moneda más —murmuró con sequedad. Enseguida volvió de la trastienda con la caja de madera que contenía los relatos de

---

*Fanny Hill*, escritos en 1748 por John Cleland, en una edición ilustrada con pornográfico realismo.

El hombre debió sentirse por una vez generoso y seguro de sí mismo, porque comentó que estaba dispuesto a pujar con quien fuera para comprarle a Patxot su Biblia impar. Y se deshizo en elogios hacia ese eximio librero. Eso selló su destino.

Dejé la tienda a poco que él saliera y a paso vivo me adelanté a su caminata. Había sido tan inocente como para comentar que dejaría la caja de los relatos en casa de un amigo, a pocos pasos de la catedral, para luego irse de juerga.

Lo saben bien los ladrones: las callejas son peligrosas porque facilitan las emboscadas. Lo esperé en un portal, aunque en el último momento quise que me viera y me expuse a su mirada. Tuvo un sobresalto, pero enseguida se sobrepuso con una sonrisa despectiva, que se convirtió en sorpresa.

La primera puñalada le entró poco más arriba de la cintura. Eso duele, y ahoga las palabras. La segunda y las siguientes cribaron su pecho con unos silbidos de pulmones que se deshinchaban en el estertor de la agonía.

Ya no tendría que angustiarse por nada. Ni siquiera por el opio.

---

## EN LA TARDE DE UN MALHADADO JUEVES

En la tarde de un malhadado jueves del mes pasado Vicenç, cuando otra vez regresaba el otoño, se presentó en casa de Patxot, asegurándose de que nadie lo viera entrar. El librero no pudo resistir la posibilidad de humillarlo rechazando la oferta que le hacía por la *Biblia Guillermo*. Entonces sucedió que Vicenç sacó del bastón el estoque que conservaba del primer muerto y lo apuñaló en el corazón. La *Biblia Guillermo* es más grande de lo normal, un verdadero «gran folio» que apenas cupo en una maleta de viaje, y con ella salió de la casa. La casa que comenzó a arder porque la regué con el petróleo de las lámparas y le prendí fuego.

Todo ardió, excepto el estoque del primer muerto que sobrevivió incólume y un juez relacionó esa muerte con la primera de la serie. También hubo un vecino que vio algo, o más bien olió algo, al cruzarse a poca distancia con el mugriento Vicenç, a quien describió como si lo hubiera parido, sucio, zurumbático y escuchimizado.

Los alguaciles llegaron a la tienda con una orden y encontraron la Biblia sobre la cama de Vicenç, que se dejó conducir ante el juez sin una palabra de excusa.

—Gabriel... — me dijo, el primer día del juicio —, nadie se merecía ese libro único que no fuera yo. Dios me ha elegido para que preserve su orgullo.

—¿El orgullo de Dios?

—Yo me entiendo.

---

Y algo así fue lo que le dijo al juez en esa primera jornada: que recuperaba libros que nadie más que él tenía derecho de tener, por orden de Dios.

Sus palabras salieron a las calles y ocuparon las bocas de todos durante días: un hombre dispuesto a matar para no desprenderse de unos libros era comentado tanto por las familias como por los borrachos.

Pero hubo un día en que el juez hizo algo que le partió el espinazo. Con la presencia de un erudito, su excelencia demostró que la *Biblia Guillermo* no era única. Que había por lo menos cuatro ejemplares, comprobados, en tres colecciones europeas y una americana. Le quebró el espinazo. Se sintió estafado por Patxot. Estafado por la vida, y estafado por Gabriel, principalmente.

Entonces me acusó ante el juez. Me culpó de haberle inducido a robar en el monasterio de Poblet, de haberlo torturado para que asesinara a sus compradores, de haberle vuelto loco para que asumiera los crímenes, cuando en realidad había sido yo, Gabriel, el asesino.

El juez, hombre de pocas palabras, lo condenó a morir en el garrote vil, y ordenó que se borrara de los papeles del juicio la perorata de un criminal que se inventaba un demonio tentador para justificar sus hechos. Y así se hizo. Todas las referencias a Gabriel fueron borradas.

---

## *AHORA, CON ESOS GALLOS QUE LE CANTAN*

Ahora, con esos gallos que le cantan a octubre desde un horizonte que no vemos, llega la aurora. Vicenç, Fra Vicenç, fraile exclaustado, librero dominado por su locura, el asesino del año, me mira muerto de miedo y no para de rezar, de justificarse ante no sé quién, culpándome.

Todo terminará pronto, cuando encierren su miedo y sus alaridos en una capucha. Entonces, en la oscuridad de la tela que le velará los movimientos de los verdugos sólo podrá verse en mis ojos. Los ojos de Gabriel, su ángel negro.

Dicen, dijeron luego, cuando la historia del librero asesino de Barcelona se hizo leyenda y hasta el maricón insomne de Gustave Flaubert lo narró en su primer relato, que lo último que musitó fue: ¿por qué me abandonaste?, como si el hijo de puta fuera un cristo en la cruz.

Nunca, jamás, fue abandonado.

Tuvo a su Gabriel para guiarle los pasos en el cumplimiento de sus deseos. Tuvo a su ángel negro. Sólo que él tenía mucha basura en la cabeza y no terminaba de entender algo sencillo: desde la expulsión del Paraíso todos los ángeles son negros.



---

# LOS CHINOS

En muchas ciudades hay un “barrio chino”, y nadie sabe por qué se lo llama de esa manera, cuando en su origen no hubo un solo chino. Más, eran tan extraños, tan otros, que se los imaginaba con coleta, retorcidas uñas de mandarín, y los ojos pintados en diagonal, como el Fumanchú en blanco y negro del cine de aventuras.

Pero tarde o temprano se opera el cambio. Un día las autoridades deciden que ese punto negro, ese fondeadero del vicio, de marginales y de pobres de todas clases, perjudica de cara al turista. Y le cambian el nombre.

Raval, nueve de la mañana.

La Carmen sale a la calle protestando. Como siempre. Que la escalera es una mugre. Que todos lo putos “yonquis” de Europa se vienen de vacaciones a Barcelona. Que un día se van a enterar, cuando se rompa una pierna.

Los dos hombres llevan un largo rato discutiendo, en un español áspero, plagado de frases prefabricadas, de giros

---

que se entienden, tal vez, sólo en esa esquina y a esa hora. Nadie sabe por qué discuten, ni a nadie le importa. Son escoria. Lo que queda después de una vida que se fue hundiendo en la miseria y el olvido inmediato del alcohol barato, un chute de “caballo” si cae a mano y, cuando alguien financia, algo de cocaína.

Los dos son muy bajos, casi enanos. Como si no hubieran nacido para crecer, como si se hubieran reducido con los años. Los dos visten ropas deportivas donadas en alguna iglesia. Parecen niños que envejecieron mal y rápido.

—Carmen ¿A cuánto está hoy el polvo? —dice uno, y exhibe una risa sin dientes, que suena como si se aclarara las flemas de la garganta.

Ella ni lo mira. No contesta. La Carmen, cuentan, fue una de las reinas del Raval, cuando todavía era el “Barrio Chino” de Barcelona. Hace medio siglo.

Camina arrastrando un poco los pies. Hasta la orilla alambrada de esa construcción donde esperan las putas. Hasta el rincón de sol que nadie le pelea, porque ¿para qué? No es competencia. Ninguna quiere sus clientes de a diez euros cualquier servicio.

Los dos enanos parecen estar de acuerdo en algo, y dan unos pasos para asomarse a la escalera.

El tipo está ahí, como un amontonamiento de ropas, tirado en el primer rellano.

En la penumbra con olor a rata y fritangas brillan los papeles de aluminio quemados, y se adivinan las tiras de trapos sucios y las jeringas abandonadas.

El hombre tirado tiene zapatillas casi nuevas. Uno de los enanos se queda en la puerta.

---

Cuando el otro sale, el caído ya no tiene zapatillas.

— ¿Qué tan enojada estas hoy, mamacita?

Todas le parecen iguales, con esas caras de otra parte, con ese color de mulatas o de indias. ¿Cubana, dominicana, brasileña? Qué más da.

— Un día me voy a romper una pierna — dice la Carmen, como si fuera una amenaza. ¿Para qué se meten mierda si les hace mal? ¿Por qué no se quedan en su casa? ¡Extranjeros!

La otra sonrío sólo con la boca.

La Carmen no usa reloj. ¿Para qué, si lo que sobra es tiempo? Pero sabe cuando tiene que tomarse una cerveza. Cuando es conveniente desaparecer por un rato. Ahora.

En el extremo opuesto de la alambrada dos travestis acorralan a la ¿Laura? Tal vez se llame Laura.

Tiene la ropa sucia, de dormir sobre cartones en cualquier parte. Más allá, cerca de la esquina, se hace el tonto su amigo de esa noche. Seguro que se les terminó el dinero para seguir con el vino, y la Laura quiere ganarse algo con una mamada rápida. Sólo que no sabe. No es del oficio. Nunca en la zona de los travestis. Son gente mala. De navaja.

Arrastrando los pies la Carmen entra en el bar pegado al “todo a cien” de los paquistaníes.

Los enanos beben acodados y le hacen un chiste, que no escucha y no contesta.

El hombre del mostrador fue su cliente durante años. Ya no. Pero le fía la copa, a pagar algún día.

— ¿Sabes que me han hecho estos putos moros? — le dice.

Duda. Pero el gesto es claro: los paquistaníes también son “putos moros”.

— Ahora venden cerveza en lata ¡A casi nada y fría!

---

– Este barrio ya no es lo que era...

– ¡Y que lo digas!

Uno de los enanos le ofrece un cigarrillo, la boca torcida en una sonrisa de conquistador. Ella sabe. Se quiere transar un polvo gratis. Toma el cigarrillo y luego lo ignora.

El enano soporta la derrota y las risas sucias de su amigo.

Por la vidriera pegoteada de anuncios puede ver la alambrada de la obra.

La Laura se aleja casi a la carrera. Dos hombres delgados, de piel mate y ropas nuevas, tal vez argelinos, hablan con los travestis. Laura escapa de esos hombres. Si los travestis a veces entienden y dejan pasar, esos hombres no.

Los travestis ríen. Los hombres sólo sonrían. Son gente seria. De eso va la cosa.

Las otras mujeres se agrupan como un rebaño amenazado, como si de pronto hubieran tenido ganas de charlar. También hay una rusa, la única rubia. O rumana. ¿Qué más da? Tienen miedo.

Once de la mañana.

La Carmen despierta sobresaltada. Le suele pasar muy seguido, en los últimos tiempos. Se queda dormida sobre la segunda cerveza.

El coche de la policía avanza sin prisa. Son dos los uniformados. Uno muy joven, el otro no tanto. Miran con cara de rutina, para ocultar la curiosidad o el aburrimiento.

El coche no se detiene, y cuando deja atrás la alambrada de la obra, los travestis y las putas han vuelto cada uno a su sitio, a la espera del cliente.

La Carmen mastica el trozo de tortilla que su amigo le ha arrimado en un plato. Tiene sabor a viejo, pero lo peor es

---

que luego tendrá que lavar la dentadura postiza, antes de que los restos se le pudran en la boca.

Sale a la calle. Hay que ganarse el pan.

En el portal junto a su escalera están reunidos. Los conoce a casi todos. Una caja de vino circula de una a otra mano, mientras la Laura lloriquea una historia.

En su sitio de la alambrada el sol pega sin piedad. Le suda la cabeza y sabe que si sigue el calor la tintura empezará a chorrearse.

Una de las mulatas, muy joven, vuelve del hotel por ratos. Por la cara que trae, le tocó un cliente difícil.

— Los hombres son unos asquerosos, hija — dice la Carmen.

— Si usted supiera señora...

No sabe si le gusta que la llamen “señora”. Tampoco le gusta ese cantito dulzón con que la otra se queja. No es de los suyos.

¿Los suyos? Algo parecido es el grupo del portal junto a su escalera. Son todos españoles. Vuelve.

Una mirada le basta para saber que el tipo sigue allí, tirado en el primer rellano. Nadie ha llamado a la policía. Pero ya lo harán. Cuando se cansen de que estorbe el paso. Que se lo lleven al hospital o a la cárcel, da lo mismo.

La Laura dice algo y su amigo de esa noche se levanta y le cede el umbral para que se siente. La Carmen empina el cartón de vino, y se dice que cuando baje el sol volverá a la alambrada.

Alguien cuenta un chiste viejo, muy viejo, y lo festejan con voces cascadas. Entonces otro toma la posta, y vuelven a reír. Pero no la Carmen. Ella tiene sueño otra vez, y por

---

un instante la calle se llena de noche, de luces y de fiesta en el barrio chino, donde se mezclan las voces de media España. Sin contar a esos tres marineros que...

Pero sabe que eso es una trampa de su cabeza y se sacude. Que no se puede dejar. Que tiene que aferrarse a lo de afuera. Y abre los ojos recontando existencias.

Ante el "todo a cien" conversan un par de paquistaníes. ¿Son moros los paquistaníes? Esos chicos que corren detrás de una pelota tienen cara de negros y de japoneses, todo al mismo tiempo. ¿Qué coño hacen tantos filipinos en el Raval? Seguramente sus padres.

Uno, dos, tres grupos, cada uno en su negocio, en su manera de vivir el tiempo. Esos jóvenes, con joggins, cadenas de oro, peinados brillantes, parecen gitanos, pero no. Hablan en moro ¿o será en paquistaní, o en hindú? ¿Como Mata Hari? Ella hizo de Mata Hari en un "burlesque"; salía en pelotas y con los ojos muy pintados de azul. La aplaudían, y pagaban muchas pesetas por tirársela.

En el tercer grupo hay un par de viejos vecinos. Los demás son, deben ser, ecuatorianos. Sólo beben cerveza.

Los dos argelinos pasan sin prisa y, sin detener el paso, echan una mirada a la escalera. Al tipo como un montón de trapos en el rellano. Algo más allá se cruzan con el viejo Hassim. Lo conoce. Nunca fue su cliente. Es musulmán, pero persona respetada. Llegó cuando todavía el barrio chino no había sido invadido. Hablan.

Hassim saca un teléfono del bolsillo y hace una llamada.

La Laura se empeña en defender al hombre callado. Los demás conceden que hay algunos buenos, pero que los del Este son una mierda. El hombre hace un gesto y quiere

---

hablar. Un sonido extraño, ahogado, chirriante le sale de la garganta. Tiene una cicatriz que le corta el cuello de oreja a oreja.

— Es croata ¡pero buena persona! — dice la Laura.

El croata ¿de dónde son los croatas? tenía sus negocios, como cualquiera. Pero una noche lo cortaron para matarlo, de oreja a oreja. Y quedó aterrado y mudo para siempre. Ya no tiene amigos del Este y al grupo que se junta en ese portal le da igual. No molesta. No es como los otros, los que no respetan y se adueñan de todo.

— Nos están acorralando — piensa la Carmen.

Dan las doce en el Raval.

El coche de la policía esta vez se detiene. Descienden los dos y entran en la escalera. Uno de ellos lleva la mano sobre la pistola, por casualidad.

Los dos enanos los observan desde la puerta del bar con ojos de espiar.

Salen. El policía más joven se ve muy pálido. El otro hace una llamada con su “handy”.

Afirmativo, hay un muerto. Informa. No, no lo hemos movido, pero por la sangre parece que le dieron un par de puñaladas. Tiene cara de extranjero, tal vez ruso, o alemán. Sí, quedan a la espera.

Uno de los enanos se pega a la pared y se aleja sin correr, lo más rápido que puede. El otro se acerca a los policías. Tiene ganas de colaborar. Siempre puede ser una ventaja. Les dice algo y señala en dirección a Carmen.

La Carmen suspira con cansancio. Será un día muy largo. Tal vez le den de comer, allí donde la lleven.

---

—Putos extranjeros— murmura, mientras ve cómo se queda sola, porque la Laura y los otros se muestran más borrachos de lo que están y comienzan a caminar calle abajo. Las mulatas han desaparecido. Los dos travestis se acercan a curiosear. Esos tienen sus papeles en orden. La calle se está vaciando.

No quiere escuchar, pero no puede evitarlo, porque la sangre le circula a mil.

—Parece española — dice el policía joven.

—Da igual — deja caer el otro — aquí son todos chinos.

---

## EL DELGADO ENCANTO DE LA MUJER CHINA

El secreto de una gran ciudad, pongamos Barcelona, es que son muchas ciudades, yuxtapuestas, alentando lado a lado, pero con pocos puntos de contacto.

Se puede ser uno en cualquiera de los mundos paralelos y, con cruzar la calle, ya se puede ser otro, distinto y libre de la identidad anterior.

Sólo que hay gente que nació inconfundible y, entonces, los habitantes de cada uno de esos mundos lo reconocen con el mismo nombre, alias o apelativo, al tiempo que ignoran que, a otras horas, con otra gente, es igual, pero distinto.

Eso es lo que sucedió con Delgado. Tenía una habilidad no premeditada, animal, para cambiar de cuerda y que cada una de las ciudades, a menudo irreconciliables, lo asumiera como propio.

La historia de Delgado dio para menos de una semana de notas policiales, cada vez más cortas, hasta perderse en la velocidad de los días de ese verano húmedo y sofocante. Pero no fui el único que pensó que las “barcelonas” de los prostíbulos, los turistas japoneses, los camareros sudamericanos y

---

los yonquis de todas partes, para nombrar sólo unas pocas, podían ser un campo de caza en el que bestias y cazadores se mataran sin que hubiera manera de impedirlo.

Por cierto, hay tres oficios que facilitan el salto de una de las ciudades a otra cualquiera: policía, músico o periodista. Mi coartada es que soy periodista.

Fue un lunes cuando supe por primera vez de Delgado, o “El Delgado”.

Era temprano, o muy tarde, relatividad propia de las realidades yuxtapuestas, y llegaba solo, porque Paty, mi novia de a ratos, me había perdido por el camino, tal vez tentada por una propuesta mejor. Ella también tiene la coartada de que es periodista.

Tuve que esperar un rato. En el Clavié, el “after hours” que, como todos, simula estar cerrado, tardaron en responder a mis golpes en la puerta.

Adentro el tiempo se detenía. El frescor del aire acondicionado, las luces suaves y el sonido del piano que acompañaba a los asistentes, hacían que el mundo quedara lejos. Los clientes eran o se parecían a los de siempre. La mezcla propia de un “after”, uniformada por el alcohol a la mano, charlando sin prisa o berreando clásicos populares, cualquier cosa antes que volver a casa.

Y bien, ese lunes vi por primera vez a Delgado. Era imposible no verlo, casi tan grande como el piano donde apoyaba un codo y con una camisa amarilla. Sonreía y cabeceaba al ritmo de la música.

Cavalcanti, que recalca allí cada noche con la religiosidad de un penitente, cantaba un tango meloso, acompañado por dos amigas circunstanciales, maduras para todo.

---

Cavalcanti me vio entrar y, en medio del temblequear de mandíbula que le procuraba un “vibratto” de oveja, guiñó un ojo y cabeceó una cita para las mesas que están un par de escalones más abajo que el piano y los cantantes.

Me había tomado afición desde que supo que era periodista y estaba juntando material, personajes de la noche de Barcelona, para un futuro libro. En rigor, no tenía trabajo fijo y lo disimulaba con utopías.

El antiguo cantor de tangos aterrizó en la mesa invitando whisky. Con un gesto arrimó a Delgado, y dejó que se sumaran sus dos amigas. Me miraron, nos miramos, y nos descartamos rápido.

El hombre me dio una mano grande como un remo, sin triturarme los dedos, y se sentó en uno de los sillones carmesí, murmurando un saludo que no llegué a entender.

Cavalcanti estaba, como de costumbre, duro de cocaína. Ése era su principal encanto con las mujeres: siempre disponía de mucha cocaína, y era generoso. Pero las amigas habían decidido cambiar de palo y aprovecharon la mesa para armar un cigarrillo con hachís.

Cavalcanti me sonrió con un costado de la boca, como Gardel, y dijo:

—Hay que perdonarlas. Todavía se permiten cosas de jóvenes, de jipis.

Tuve tiempo de asentir y hacerle una visita al whisky, antes de que Cavalcanti dijera, en su lengua mestiza de argentino y español:

—Este hombre, así como lo ves, tiene un pasado que no te puedes perder, muchacho.

---

Observé un instante a Delgado y no pude imaginarme nada que no fueran circos de lucha libre. Por supuesto, di por bueno que Delgado era su apellido.

Después, cuando apareció en los diarios, uno de los puntos oscuros fue cómo se llamaba. Para lo que importa ahora, es suficiente saber que todos lo llamaban Delgado, y cuando se referían a él en ausencia: “El Delgado”.

Como suele suceder, el apodo no hacía referencia a su presencia física. Era una mole alta y ancha, con tanto músculo como grasa. Una mole de movimientos lentos en la que destacaban su sonrisa fija, no importaba lo que sucediera, y una alfombra de pelo pajizo y erecto que le coronaba la cabeza. Entre la sonrisa y el pelo, dos ojos diminutos, como alfileres azules, que siempre parecían de otra persona; de alguien que espiaba desde el interior de su cuerpo, esperando el momento justo para hacer quien sabe qué.

Delgado tenía eso. A primera vista daba para la risa. Un gigante torpe, un tipo que podía estarse ahí, sin beber y sin fumar, toda una noche, riendo de las historias que contaban otros, aunque esos otros tuvieran la certeza de que no había entendido nada.

Inofensivo.

Inofensivo hasta que, en medio de cualquier silencio, pronunciaba la única frase que se salvaba, apenas, de su castellano masticado, lleno de ecos raros, que algunos creían bosnios y moldavos y daneses y de la gitanería búlgara, cuando no argot mezclado de marinero sin barco.

Estiraba un poco más la sonrisa, miraba el techo con los alfileres azules y decía:

– Ah... el delgado encanto de la mujer china.

---

Por esa frase lo llamaban Delgado. Porque entonces, cuando bajaba los ojos y a través de los párpados carnosos nos espiaba el loco que guardaba agazapado, el silencio se ponía espeso, hasta que alguien perdía los nervios y hablaba atropelladamente o proponía cantar.

Así sucedió en ese primer encuentro. Por unos minutos el porro de hachís y las carcajadas sin ganas circularon por el grupo como si hubiera prisa, como si alguien jadeara detrás de los que huyen.

En la hora siguiente Cavalcanti quiso convencerme de que ese hombre era veterano de la guerra de Vietnam, una de las dos amigas intentó un acercamiento a Delgado, y la otra se bajó cuatro whiskies sin acusar el efecto. Muy propio del Clavié. Las mujeres que cierran su noche allí, son unas señoras. Pueden estar borrachas hasta la agonía, pero no se les nota. Son tan señoras que si tienen que vomitar lo hacen en privado.

—Este hombre, así como lo ves, es un héroe de guerra, muchacho.

Cavalcanti le decía a todo el mundo “muchacho”, el argentinísimo “pibe” o “mi viejo”, porque hacía tiempo que no recordaba el nombre de nadie, y de esa manera evitaba pisar en falso.

—Cavalcanti, eso es imposible. Cuando terminó la guerra de Vietnam este hombre no había nacido, o estaba en pañales.

—¿Estás loco, pibe? ¡Si fue ayer nomás! Yo ya había dejado la orquesta y estaba asociado con unos colombianos. Miami, Las Vegas, Cali, Medellín... ¡Nos dábamos cada biaba!

---

— ¿Transaban drogas?

— No, pibe, no! ¿Qué te pensaste? ¡Música! Importábamos estrellas tropicalísimas, les abríamos camino. Cada hembra que me acuerdo y me quiero morir. La “papa” no era parte del negocio, era puro placer. Venga, date un toque...

Dijo y me pasó sin mucho disimulo una papelina.

— Cavalcanti — le recordé, antes de marchar en busca de los baños. Pasaron más de treinta años desde Vietnam, si todavía te quedara cabeza te darías cuenta.

Cuando regresé, maldiciendo a los que cortan con cal de la pared, porque quema la nariz, el viejo cantor se miraba tres dedos de la mano como si fueran ajenos, la amiga borracha continuaba elegantemente catatónica, y la otra no paraba de susurrar vaya a saber qué en la oreja de Delgado, que solo sonreía.

Cavalcanti, cuando le quise devolver la papelina, me mostró los tres dedos y su generosidad:

— Te la puedes quedar — dijo — tengo más. Me estoy haciendo viejo muchacho. Tres décadas. ¿Te das cuenta? Si es para morirse...

— Esta noche no, Cavalcanti, no estoy para velorios.

La risa de Cavalcanti era tan disparatada como su noción del paso del tiempo. Puramente operística.

Se secó una lágrima y, con el efecto de los últimos whiskeys a la vista, desapareció en dirección al baño.

Era tarde. Lo sabía porque a cierta hora empiezo a ver todo a través del ojo de buey de un submarino, debajo del mar. A esa hora del cansancio y el sueño acumulado sé, y por eso nunca hago la prueba, que si estiro una mano para tocar a alguien mis dedos chocarán contra el cristal.

---

Cavalcanti volvió renovado y con una pátina de polvo blanco en los agujeros de la nariz.

– Tenías razón – dijo, enfático. Fue en la Guerra del Golfo.

– ¿Qué?

– Que Delgado fue condecorado en la Guerra del Golfo.

– Me niego, no tiene sentido: “El Delgado” no es americano, ¿qué coño se le perdió en el Golfo?

No me contestó, pero se bebió el whisky de un trago y levantó varios dedos pidiendo otra vuelta para todos. Después dijo:

– Nene... ¡eh, grandote! ¡A vos te hablo, sorderas! Muéstrale los brazos a este uruguayo de mierda, que no me cree.

El Delgado tardó un momento en entender lo que le pedía, pero al fin se arremangó la camisa y estiró los brazos apoyando las manos sobre la mesa.

Estaban salpicados de cicatrices, demasiado irregulares para ser de viruela.

– Agujas, astillas de madera y vaya a saber cuánta mierda más – precisó Cavalcanti. Lo torturaron los turcos.

Durante un minuto largo Delgado se estuvo en la misma posición, clavándome los ojitos azules como si esperara algo, tal vez una felicitación, o una palabra de aliento, hasta que se bajó las mangas y volvió a parapetarse tras su sonrisa.

No dije nada, porque descubrí a Cavalcanti haciendo gestos de pescado que boquea, y pensé que al fin le había dado la pataleta ganada con tanta vocación por la cocaína. Pero estaba equivocado, porque Delgado respondió ensanchando la sonrisa y masticando el aire como un tiburón de Disney. Tenía todos los dientes postizos, y la dentadura de

---

arriba daba saltos sobre la de abajo con ruido de castañuelas, descubriendo unas encías azules, brillantes de baba.

— Le bajaron todos los dientes a patadas ¿Qué te parece?

No pude decirle lo que me parecía porque, de golpe, todos los tragos y el tabaco de la noche me desquiciaron el estómago y una náusea fría me dijo que tenía que partir, si no quería revolcarme como un perro envenenado.

Tambaleando salí del Clavié. Afuera brillaba el sol, prometiendo sancocharnos a todos.

Algunos días más tarde Paty, mi esporádica amante cuando no tenía nada mejor que hacer, me pidió que la acompañara. Le habían hecho llegar una información fea, y el lugar donde debía comprobarla también era feo. Paty es capaz de meterse en un hormiguero, así que me preparé para lo peor.

La cita era un “piso patera” en Poble Nou, un barrio de asentamiento industrial hasta que las fábricas se mudaron dejando atrás cascarones vacíos. Luego, con la llegada de inmigrantes ilegales de medio mundo, los escombros se reciclaron en viviendas de a ocho o diez personas por habitación. Un buen negocio para unos pocos.

En los “pisos patera” la gente no se mezcla, y nos había tocado uno de negros.

Había un olor que Chester Himes hubiera deseado para sus novelas sobre Harlem. Una mezcla caliente y pantanosa de comidas pasadas, ropa sin lavar y vida en forma primaria. Las ventanas, que daban a un patio interior, estaban tapiadas con cartones.

Es un chiste de mal gusto decir que es difícil ver a un negro en la oscuridad, pero ése era el problema. El hombre

---

que cuando llegamos hizo un gesto que provocó un desfile africano y vació el piso, hablaba en voz baja y no hacía ademanes. Costaba saber cuándo mentía.

— Señora — dijo. Han querido asesinar a una de nuestras hermanas. La violaron, la torturaron y la estrangularon. Quisieron matarla, pero sobrevivió. Es un crimen racista, y usted tiene que ayudarnos.

— ¿Puedo hablar con la chica? — pidió Paty.

El hombre se tomó un tiempo para pensarlo, y yo encendí un cigarrillo para verle la cara a la luz de la llama. Tenía algo más de treinta años, y nos miraba con ojos fríos, despreciativos. El sudor le hacía brillar la piel.

— Tal vez usted lo consiga. Porque no habla con nadie.

Se levantó y abrió una puerta. Alcancé a ver una sombra pequeña sobre uno de los varios colchones tirados en el suelo, antes de que mi amiga cerrara.

— ¿Dónde la atacaron? — pregunté, por decir algo.

— Cerca del Paralell, en la plaza de las tres chimeneas.

— Es un lugar muy transitado...

Se removió inquieto, como si hablar conmigo fuera una pérdida de tiempo, pero volví a la carga. La relación con mi amiga se había enfriado en los últimos tiempos y necesitaba sumar puntos.

— No sé por qué se me ocurre que usted sabe quién la atacó.

— Tal vez...

— ¿Hicieron la denuncia?

Silencio para una pregunta idiota. Un inmigrante ilegal nunca recurre a la policía.

— ¿Por qué no nos da alguna pista? Me comprometo a dejarlo afuera de cualquier investigación que se produzca.

---

– Hay uno que duerme en la parte de atrás de la compañía de electricidad, junto a la plaza de las tres chimeneas. ¿Conoce el sitio?

– Son unos cuantos los que usan ese lugar como dormitorio...

– Basura blanca – dictaminó con rotundidad, y tenía razón; entre los sin techo que deambulaban por allí no había negros – . Fue uno de ellos. El que parece alemán. Uno muy grande, que duerme en un saco camuflado.

– ¿Algún nombre?

– Pregunte por El Delgado. No le voy a decir más.

Cumplió, y yo también cerré el pico. Encendí otro cigarrillo, porque en ese concierto de oscuridades la brasa roja era algo de que agarrarme, y me hundí en el olor a cocodrilos y rencor.

Fue entonces cuando Paty salió de la habitación y, tras un intercambio brevísimo y áspero de promesas y teléfonos salimos a la calle.

Caminaba como si quisiera batir algún récord de velocidad.

– El negro dice que la atacaron cerca de las tres chimeneas, ahí por Paralell ¿Ese barrio todavía es Montjuic? ¿Verdad? – pregunté.

– ¡Mierda, mierda, mierda!

– ¿Qué pasa? ¿Qué averiguaste?

– ¡Que ese tío miente como un cabrón!

– ¿Por qué va a mentir?

– ¡Porque se cuida el culo! ¡Porque es un explotador de putas!

– Ah... la chica es prostituta.

---

– Ay... qué cursis sois los argentinos, tenéis que decir “prostituta”.

– Primero, soy uruguayo, y segundo, no te la tomes conmigo, que le tiré de la lengua y algo pude sacarle.

Me miró como para fusilarme, y luego largó la información con su mejor tono para subnormales.

La habían atacado dos hombres, porque se había metido en el territorio de las rusas, el exterior del estadio del Fútbol Club Barcelona y la habían subido a un coche. No les costó nada porque la chiquita, que no pesaba más de cincuenta kilos, no podía hacerles resistencia.

– ¿Sabes cuántos años tiene? ¡Catorce! Ese carbón macarra, o sus socios, la trajeron de Guinea con papeles falsos y la pusieron a putear.

– ¿Y por qué me dijo que fue en la plaza de las tres chimeas?

– ¡A mí qué coño me importa lo que dijo! ¿Por qué no vuelves y le preguntas por qué miente? ¡Cabrón! La violaron, la estrangularon, la dejaron por muerta... ¡y tú te preguntas por qué te miente un puto macarra! ¡Gilipollas!

– Pero...

– ¡Es una niña! ¿Entiendes? ¡Es una niña!

Quise argumentar, pero Paty hizo una seña, abrió la puerta del taxi y me dejó mirando cómo se iba. No sé cómo lo hace, yo jamás tengo tanta suerte con los taxis.

Algunos días más tarde hubo una llamada anónima. Entre los escombros de un edificio de Poble Nou había un muerto. Una muerta.

Era una mujer china, muy joven. Antes de estrangularla la habían torturado. La vagina y el ano desgarrados apun-

---

taban a un crimen sexual, pero la policía temía algo peor y se había cerrado en bloque. No querían pensar en venganzas mafiosas.

El fantasma de la inmigración del Este alimentaba esa paranoia. Rusos, chechenios o serbios o bosnios, llegaban con la marca de la guerra, y sus métodos eran especialmente violentos.

No le hacían asco a nada y los chinos eran competidores en todos los rubros, menos en la explotación de mendigos, monopolizada por los rumanos; tal vez porque en Europa nadie se tomaría en serio un pordiosero chino.

Pero yo había sumado dos más dos y me daba la pesada figura de El Delgado.

La muerta había sido encontrada a poca distancia de donde el macarra negro me lo había señalado como sospechoso. Además, que fuera oriental me lo trajo a la memoria en el Clavié, diciendo con su cara de loco aquella críptica frase sobre el delgado encanto de la mujer china.

En el soplo del negro había algo. Una nota periodística que se podía vender bien, o una información negociable.

Avanzada la mañana me acerqué a la plaza de las tres chimeneas, allí donde el barrio que se extiende al pie del Montjuic se confunde con el Paralell de los teatros porno y una antigua memoria de pecado.

Ni los aviadores fascistas que apuntaban sus bombas contra las tres chimeneas en la Guerra Civil, podrían reconocer ya ese sitio. Cada día se llena con patinadores de "skate" de toda Europa. Si a veces falta alguno, nadie podría darse cuenta.

Como compensación de tanto chirrido de ruedas, de tanto despliegue de velocidad en una sopa calurosa, también

---

copan la plaza los paquistaníes, con sus palas y sus pelotas de críquet.

Pero a mí me interesaban los “homeless”, los que duermen cada noche pegados al edificio de la eléctrica.

Sólo quedaban dos. Una mujer muy borracha que reía sin dientes, y un hombre casi enano, tan sucio como ella, que intentaba comprar sus favores con tres latas de cerveza.

Del supuesto “alemán” ni rastro. Podía haber sido el ocupante nocturno de cualquiera de los cartones tendidos entre las columnas como camas precarias. Para preguntar sólo me quedaban esos dos.

Me acerqué, y el hombre adelantó un pecho de pollo tuberculoso, por si quería disputarle los piojos de su Julieta. Depusieron la desconfianza cuando les tendí algo de dinero. Ella arrebató los billetes con una mirada de ferocidad hacia su galán, y se los metió en las bragas.

De todas las mentiras que dijeron tratando de dar con la que aflojara unos euros más, pude sacar poco. La descripción del supuesto alemán coincidía bastante con Delgado, pero hacía tiempo que lo habían perdido de vista.

No tenía prisa por llegar a ningún sitio, y el espectáculo de los morenos paquistaníes jugando un juego tan británico era una buena excusa para sentarme a la sombra.

Llevaba un rato aburriéndome con los batazos de los antiguos colonizados, cuando se me acercó un moro flaco con varias latas de cerveza en una bolsa transpirada. Le compré una, y enseguida me ofreció hachís y cocaína.

Dije que no, porque nunca compro en la calle, pero no se fue, se quedó allí sonriendo sólo con la boca.

— ¿Qué pasa? — dije.

---

—Si me dice, tal vez tengo de lo que busca.

Estaba por mandarlo a la mierda, pero entonces pensé que el flaco me había visto hablar con la pareja, y tal vez mantenía cierto control sobre su zona.

—El Delgado. ¿Qué se sabe de El Delgado?

—¿Una cerveza?

Entendí y le pasé unos billetes por valor de cinco latas, para que el tipo no me diera nada. Sólo un gesto de la cabeza en dirección incierta y el comentario:

—Dicen que se fue para arriba.

Me volvió la espalda y se alejó, cómodo en su ronda en busca de clientes.

En ese momento estuve convencido de que me tomaba el pelo. Que me decía que Delgado se había ido al Cielo, con los angelitos. Tardé un tiempo en darme cuenta de que estaba equivocado.

Durante un par de semanas trabajé haciendo prensa para un festival de música étnica, y me olvidé de Delgado. Ni siquiera me acordé de él cuando en los diarios salió el crimen de la rusita.

No era joven, pero sí muy pequeña, con cuerpo de niña; y la habían encontrado en la playa de la Barceloneta. Bien a la vista. Como un mensaje para alguien. Violada y estrangulada. No hubo manera de identificarla, pero por el tipo físico parecía de la periferia de la extinguida Unión Soviética, allí donde tienen tanto de eslavos como de mongoles: pelo rubio, pómulos altos y los ojos grises con un sesgo oriental.

No se me ocurrió pensar en Delgado hasta que una madrugada la inercia me llevó hasta el Clavié.

---

Junto al piano, un par de ellos se desgañitaba cantando “¡estranyer indenai..!” y Paty, a quien no esperaba encontrar, liquidaba su cuarto gin tónico con los ojos empañados de lágrimas.

— Los hombres sois unos hijos de puta — dijo, haciéndome una seña cariñosa para que me sentara a su lado.

Estaba de humor tormentoso. Por la tarde había entrevistado al padre y los hermanos de una chica desaparecida días antes. Argelinos musulmanes, de costumbres estrictas, que penaban sin noticias de la muchacha, y que se cargaban de una rabia temible hora tras hora.

— Tienes que haber visto las fotos, los carteles, están pegados en las farolas — dijo.

— Se habrá ido con alguno — sugerí.

— O en este mismo momento la están violando veinte machos de mierda — dijo, escandiendo cada sílaba para que me entrara en la cabeza. ¿Sabes qué sucederá si encuentran al culpable?

— ¿Lo van a cortar en pedacitos?

— Cariño... — dijo Paty con ojos turbios de alcohol, lágrimas y desprecio — odiará a su madre por haberlo parido.

Pedía para mí un ron con cola, que a esas horas recarga las baterías, cuando sentí que me abrazaban y la voz de Cavalcanti:

— A vos te quería ver. Te invito con lo que quieras y hablemos de negocios.

— Viejo, estoy con mi novia. ¿Por qué no lo dejamos para otro día?

El que fuera cantor de tangos arrugó la nariz y con su sonrisa de épocas gloriosas, hizo una reverencia a la Paty:

---

– Muy señora mía, embelezo de Cupido y otros dioses con buen gusto ¿me permite que le robe a su galán apenas unos minutos?

Paty sonrió de oreja a oreja, porque, curiosamente, sintonizaba de maravillas con Cavalcanti, y dijo:

– Caballero de la noble figura, si se lo lleva y lo pierde en alguna batalla, esta dama le estaría eternamente agradecida.

Con lo que no me quedó otro remedio que seguirlo hasta un rincón y tomarme su whisky mientras oía como sin oír:

– ¡Qué mujer, pibe, qué mujer! ¿Sabes qué te digo? No te la mereces.

– Cavalcanti, no me provoques. ¿Qué negocio raro vas a proponerme?

– ¿Te acuerdas de Delgado?

– ¡Cuál, el héroe de Vietnam torturado en la Guerra del Golfo?

Por un momento el payaso nocturnal y tanguero desapareció, y me sentí observado por una mirada que atesoraba tal vez algunos muertos.

– Pibe, no vas a aprender nunca. En la noche hay que creer todo lo que se cuenta. El que indaga es policía o algo peor. No te guíes por las apariencias. Yo paso por boludo, porque los vivos están para perder. Pero no me hagas decir que el boludo eres tú, y que todavía no te enteraste.

– Si tengo que aguantar lecciones de filosofía, al menos pagame otro whisky.

– Es justo – dijo, y con uno de sus gestos convocó un par de copas dobles antes de decir:

– No sé si en estos días te encontraste con El Delgado.

– ¿Por qué tenía que hacerlo?

---

– Tener... tener, no tenías nada. Pero, como tu chica me contó que estuvieron en un “aguantadero” africano, en una de esas te lo encontraste. Delgado es como Dios, se te aparece en cualquier sitio, le da igual que sean yonquis o carmelitas descalzas.

– Ya me di cuenta. Un negro me dijo que dormía bajo las tres chimeneas y un moro que se había ido al Cielo... ¿Por qué te preocupa Delgado?

– Si me acompañas te cuento – dijo, y arrancó con su trote de perro hacia los baños.

Hizo tres rayas sobre el lavabo, y cuando se metió dos fue más explícito.

– Los rusos se la tienen jurada, y yo me tengo que llevar bien con los rusos ¿captas la idea?

Me encogí de hombros, mientras me inclinaba sobre el lavabo.

– Parece que trabajaba de “pesado” en un putiferio. A veces los clientes... ya se sabe, se pasan un poco y hay que calmarlos.

– Me imaginé que repartía trompadas en algún sitio.

– Algo así. El problema es que se enamoró de la estrellita de los rusos. Una piba que fue campeona olímpica en paralelas. Ya sabes, de esas que hacen volteretas como si se cagaran en la ley de gravedad.

– ¿Y?

– Nada. Que la chica ya era mayor, pero seguía siendo menudita como si todavía fuera a la escuela. O sea. ¡Qué te voy a explicar! Algunos se dejaban una fortuna por meterse en la cama con una escolar.

– Ya, y la bestia se rindió antes sus delgados encantos...

---

— Más, dicen que el imbécil se la robó a los rusos, y los tipos están que arden.

No sé si fue por la cocaína o por el instinto, pero de pronto supe:

— Cavalcanti, me estás haciendo un cuento chino. Por tu descripción ésa es la rusita que apareció muerta en la playa, violada y estrangulada.

Me miró con ojos duros:

— ¿Y qué si es ésa? Los rusos buscan a Delgado, y yo se los voy a dar.

— ¿El grandote se la cargó?

— El grandote tiene una obsesión con las mujeres flaqui-  
tas y con ojos orientales.

— No es suficiente.

— ¿Desde cuándo eres juez?

— ¿Yo qué gano?

— Ahora nos entendemos — dijo, y mencionó una suma que para mis bolsillos sedientos era exorbitante.

— Te voy a ser sincero, Cavalcanti: lo voy a buscar, pero no quiero saber nada con los rusos.

— Eso es ser razonable.

— Lo voy a buscar, pero, cuando sepa dónde está ¿qué hago?

Seguramente sabía cómo iba a terminar esa conversación, porque metió la mano y sacó una tarjeta con un número de teléfono.

— Me vas a encontrar a cualquier hora del día. Me dices dónde está y te lo olvidas. Esta conversación no existió nunca.

— ¿Por eso sólo me van a pagar?

---

—Lo juro por mi santa madrecita. Más te digo, para que veas que no te hago el cuento, el dinero lo pongo yo. Tengo algunos negocios con los rusos y no quiero joder la relación. Hay que ser generoso en las inversiones para que las moneditas se multipliquen.

—Cavalcanti... —dije, sinceramente— nunca me resultaste tan sospechoso como ahora.

—Muchacho —me contestó, con piedad— cualquiera que llega a viejo es sospechoso. Creía que ya lo sabías.

Tuvimos que interrumpir la conversación porque Paty se nos sumó un instante y, antes de perderse rumbo a la calle, puso ante mi mano una servilleta con un número de teléfono garrapateado y una foto que seguramente había arrancado de la pared:

—Los argelinos que buscan a su niña perdida ofrecen una recompensa. Yo no traicionaría a nadie, pero vosotros sois de otra madera. Apuntan a un gigante con cara de gilipollas que me parece que es amigo vuestro. Si sabéis dónde está... yo no quiero enterarme.

La muchacha de la foto también tenía los ojos rasgados.

Recogí el número, sólo para ver cómo Cavalcanti me guiñaba un ojo y movía la cabeza en una negación, al tiempo que se señalaba el pecho con el pulgar.

—Primero yo —dijo.

Fue en ese momento en que recordé al flaco vendedor de cerveza fría, hachís y cocaína bajo las tres chimeneas. Por eso a la mañana siguiente retornaba a la plaza donde ruedan los “skate” de media Europa, y el flaco no tardó en aparecer.

---

Repetí la pregunta y doblé el soborno, para recibir la misma respuesta y un gesto que apuntaba al Montjuic. Entonces entendí que no se refería al Cielo cuando dijo “se fue para arriba”, y me quedé mirando la falda del monte que crecía verde un poco por detrás de los edificios.

El Monte de los Judíos tiene, en la cima, un fuerte militar donde se sacan fotos los turistas, y laderas cerradas en árboles y arbustos. Laderas que desde siempre son refugio improvisado de drogadictos e inmigrantes más pobres que las ratas. De tanto en tanto la policía hace una redada y los corre, pero los refugios vuelven a aparecer, como hongos después de la lluvia.

Dejé atrás la civilización y trepé jugado a mi suerte. Nunca había estado allí, y mi otro yo me decía que entraba donde anida la rabia.

Estaba transpirado y con las rodillas hechas polvo, cuando tropecé con un albergue montado con plástico de bolsas, telas rescatadas de la basura y ramas burdamente entrelazadas.

No sé cuántos había bajo ese techo, pero el olor a suciedad vieja, a cuerpos sin bañar, ahogaba toda respiración.

Apenas hablaban español y, superada la primera sorpresa, me ofrecieron por poco dinero los favores de una niña que, con suerte, tenía doce años. Ante mi negativa le bajaron los pantalones al niño de ocho, pero al ver mi gesto de asco se conformaron con pedirme cigarrillos.

Perdido por perdido seguí subiendo. ¿Cómo iba a encontrar a Delgado, si era imposible saber si los refugios eran pocos o muchos? Árboles y accidentes del terreno me los ocultaban, y tropezaba con ellos sin tiempo para pre-

---

cauciones. Pronto me di cuenta que si no abandonaba me darían una puñalada.

No lo hubiera logrado nunca a no ser por el hombre calmo.

Lo llamé de esa manera porque, desde el momento en que se materializó en el verde de las malezas, me dio la impresión de que estaba más allá del bien y del mal.

— ¿Puedo ayudarlo? — dijo. Este lugar puede ser muy desagradable para las visitas inesperadas.

Lo observé y me dejó hacer. No sonreía, pero sus ojos autorizaban la inspección, y empujaban a confiar. Eso fue lo que hice.

— Estoy buscando a un hombre que se ha metido en un lío gordo. Si lo encuentro a tiempo tal vez sirva de algo.

El hombre calmo tenía labios finos, de monje, y un leve acento extranjero que no lograba precisar.

— ¿Sabe cómo se llama?

— Le dicen Delgado, o El Delgado.

El hombre cabeceó un asentimiento:

— Sé quien es. Aquí conozco a todo el mundo... y me ocupo de que los problemas de uno no hundan al resto; pero aún no me ha dicho nada que justifique que lo ayude.

— Hay una “morita”, argelina, que se fugó de la casa y puede que la hayan visto con él. Musulmanes argelinos, ya me entiende.

— Sí, lo entiendo... Se ha metido en un lío de lo peor, el paisano.

— ¿Usted es...?

— Pongamos que de algún sitio de los Balcanes, que cambia de nombre a cada rato. Sígame — dijo, y comenzó a subir la ladera.

---

Avanzaba rápido, con la economía de movimientos de los tigres, a los soldados.

Intenté un par de preguntas, pero su silencio y el jadeo de mis pulmones me acallaron enseguida.

El refugio de Delgado era una tienda de campaña, verde, de los rezagos del ejército.

El hombre calmo la abrió como si para él no fuera necesario anunciarse y entramos agachando la cabeza.

La chica, la morita, estaba preparando té en un hornillo de alcohol y nos miró muerta de miedo.

Delgado no hizo ningún gesto, y siguió sentado sobre un saco de dormir camuflado. Se me hizo evidente que confiaba en el hombre calmo, y que en la tienda sólo podía haber sentado o acostado.

Entonces el hombre calmo se puso en cuclillas y comenzó a hablar en una lengua que me resultaba ininteligible, con la cadencia adormecedora de los domadores de fieras.

Habló un rato largo, y pude ver cómo la cara de Delgado se inundaba de pena. Hasta que los diminutos ojos azules se le llenaron de lágrimas, cuando hizo un esfuerzo por explicarse, señalando a la chica con un gesto cansado. Fueron dos o tres frases breves, entrecortadas, pero suficientes para que el hombre calmo inclinara la cabeza como si necesitara reflexionar.

Luego volvió a hablar, pero ya con un tono distinto. De orden. De orden que no se puede desobedecer, que cerró volviéndose a la chica:

— Toma tus cosas y vete. En tu casa te están esperando.

— No me quieren... — dijo ella, a punto de echarse a llorar.

Hizo un gesto de refugiarse en Delgado, pero el gran dote la apartó y le susurró algo que debió ser definitivo,

---

porque ella bajó la cabeza y, sin recoger nada, se fue sin volver la vista atrás.

—Ya está —dijo el hombre calmo. Lo acompañó en la vuelta, para que no se pierda.

Casi al final del camino me torcí un pie y él me permitió un descanso, que aproveché para saber:

—¿Me puede explicar qué coño hacía la morita con Delgado?

—Está embarazada, y tiene miedo de la familia.

—Claro, a Delgado le gustan delgaditas achinadas...

—Se equivoca. Delgado, como usted lo llama, está incapacitado para tener relaciones sexuales.

—¿Qué me cuenta?

—La verdad —dijo. Y como si algunas cosas fueran lo más natural de la Tierra, desgranó la historia del grandote que asustaba cuando decía, sin venir a cuento: ah, el delgado encanto de la mujer china.

Había sido soldado, hoy no tengo claro si serbio, croata o alguna otra cosa, cuando en aquella parte del mundo se volvieron todos contra todos. Era combatiente en una de las tantas partidas que hacían una guerra sin mandos, donde el enemigo era hasta ayer el mejor vecino.

En una incursión habían masacrado varias familias musulmanas y, como era costumbre no discutible, habían violado hasta la muerte a una joven, casi una niña. Dar y tomar era la única regla de ese juego de masacre.

Y los que dieron, tomaron, porque pocos días más tarde caían en una emboscada con un único sobreviviente, El Delgado. Entonces, una mujer, tal vez hermana o madre de

---

la chica muerta; una mujer con sus mismos ojos rasgados y el cuerpo de junco, se vengó en Delgado.

Fueron dos días hasta que lo dejaron por muerto. Antes de eso las agujas y las afiladas astillas de leña hicieron un puercoespín con su cuerpo. Las tenazas y las patadas arrasaron con sus dientes. Y con una pinza, o un cascanueces, la mujer le trituró los genitales.

Nunca más, el que aún no se llamaba Delgado, volvería a ser un hombre completo.

—Ya ve... sobrevivió para cargar su cruz por este mundo —dijo el hombre calmo, y me dio la espalda para perderse entre los matorrales. Desde aquí puede seguir sin compañía.

Le creí la mitad de lo que me había dicho, porque no terminaba de convencerme y porque no me iba a estropear un buen negocio. Por eso hice las dos llamadas. A Cavalcanti y a los argelinos. Con mi información no les iba a costar trabajo encontrar la tienda.

Después tuve miedo, y me lancé en una carrera cuesta abajo, de la que salí a las calles, a la otra ciudad, con un par de desgarrones en la ropa y arañazos en las manos.

Fue como llegar a un país desconocido. Tuve un ataque de extrañeza cuando me crucé con tres rubias inglesas, o alemanas, que paseaban sus carnes jóvenes con pasos elásticos. Y terminé de confirmar que había traspasado la frontera al ver el primer grupo de chinos o japoneses, cruzando un semáforo con trote de pájaro y ávidos ojos de turista.

Los rusos llegaron primero. Salió en todos los diarios. En un bolsillo del gigante acribillado se encontró una foto de la gimnasta rusa, y la policía pudo dar por cerrado el caso.

---

El tipo era un demente y se llevó al silencio también la violación y muerte de la mujer china.

Cavalcanti cumplió su promesa y pagó hasta el último céntimo, pero ya no volví por el Clavié, me atormentaba un posible encuentro con el fantasma de Delgado. Tampoco pude saber qué sucedió al fin con la morita embarazada. Sólo que cuando me encontré con Paty me escupió a la cara, y nunca más me dirigió una palabra.



---

## LA BIBLIA DE LA ZWI MIGDAL

Advertencia del autor y primer capítulo de la Biblia Auténtica, impresa en Avellaneda (Circa 1920) por encargo de la Zwi Migdal, para uso de las pupilas de sus burdeles de Buenos Aires y Rosario. La mafia judía atendía así las necesidades espirituales de las mujeres a su cargo. Por sus aclaraciones al pie de cada capítulo, la traducción de los textos originales – perdidos en el atentado fascista que incendió la sede social de la Zwi Migdal – estuvo a cargo del polaco Witold M. (de Moshe) Poniatowsky, secretario general de la asociación, poeta aficionado y defensor del lunfardo rioplatense. Los originales, de creer en lo afirmado por el traductor, habrían sido datados alrededor del año 1000 en las ciudades judías de Stella, Tarragona, Barcelona y Girona. Sólo quedan dos ejemplares de la Biblia Auténtica, después de la última razia y quema que llevó adelante el Mossad israelí, sección argentina, en defensa de la memoria. (R. A.).

*“Yo, Teodorico de Reclus, monje libre condenado a vagar con la sombra de las hogueras a mis espaldas por haberme atrevido a dudar, dejo a los hombres esta Biblia Auténtica, que me ha costado toda una vida de reflexión, escritura, hambres y persecuciones, y que seguramente también atraerá sobre mí la muerte ignomi-*

---

*niosa de los profetas. Hágase la voluntad de Dios, que no la de sus mal llamados ministros."*

***Génesis:***

***monstruos mitológicos y el destino de la segunda costilla.***

Cuando Jehová terminó de separar los cielos de la tierra lamentó el exceso de orden y echó en falta un poco de animación, por eso creó las plantas y las bestias. Las primeras para que dieran pienso y sombra a las bestias, y las segundas para que pusieran coto a la multiplicación de las verduras.

Eso fue por la mañana. Por la tarde tuvo que crear a las bestias que se comen a las bestias, como el león, el oso y el dragón; porque aquello sería una de parir que amenazaba hundir el mundo. Poco antes de la noche de ese sexto día también creó a los bichos que pican y chupan la sangre, como el piojo, la pulga y la ladilla, para que nadie encontrara la vida demasiado fácil, que la pereza es la madre de todos los vicios.

Al día siguiente Jehová se entretuvo observando la actividad de su reciente obra, pero pronto le sobrevino el hastío. Los animales siempre hacen lo mismo, y no hablemos de las plantas. Hemos oído contar que en algún lejano lugar hay plantas carnívoras, y no nos atreveríamos a decir si ya estaban en la creación primigenia o nacieron, como los gusanos, de la podredumbre, cuando el mundo se infectó con las perversiones humanas. En todo caso, aseguran que las tales verduras carnívoras no corren detrás de sus presas, sino que son más bien quedadas y no pueden con

---

animales más grandes que un escarabajo. Con lo que queda comprendido lo que decíamos del aburrimiento. Hay que ser un santo o estar un poco perdido de los sesos para abstraerse, por ejemplo, en las andanzas de un cardo borriquero.

Lejos está este narrador, Teodorico de Reclus, pobre monje ignorante y tantas veces atacado por el aburrimiento y las malas ideas, de interpretar las razones de Jehová. Pero sospecho que así como casi todos los humanos somos presa de cierta inquietud nocturna con derrames incontrolados, fue una inquietud semejante la que llevó a Jehová a tomar un puñado de lodo, darle miembros, ojos, oídos y narices por pares, y soplarle un aliento de vida y entendimiento.

Jehová lo llamó Adán y le dijo:

– Vivirás aquí, en el Huerto al Este del Edén, y serás el Rey de la Creación. Que para Eso te Hemos dado Vida.

Quizá se preguntó qué podía esperar de esa copia defectuosa de Su Divina Presencia, al verlo tan tranquilo, mirando a su alrededor con ojos de vaca que de nada se asombra, pero al fin se retiró a descansar en Edén. Nadie nace sabiendo, y Adán tenía una eternidad por delante.

Nunca sabremos cuánto tiempo pasó hasta que Jehová retornó al Huerto para ver cómo marchaba su obra. En los orígenes tanto daba un día como un siglo, así que digamos que si descansó el domingo, habrá sido un martes o un miércoles cuando visitó el Huerto al Este del Edén.

Jehová llegó al Huerto, y no encontrando a Adán, lo llamó a voces y lo buscó en praderas y frondas. Lo que muestra, en *El Que Todo Lo Puede Ver*, un toque de respeto hacia la persona de su criatura. Lo cierto es que no pudo en-

---

contrarlo, hasta que, cuando ya se había caminado medio Huerto, oyó un sonido confuso, de lucha sorda, que provenía de un grupo de arbustos; así como un jadeo propio de macho cabrío. Intrigado, avanzó sin ruido, hasta traspasar con la vista el tupido ramaje.

En un claro de la fronda, Adán sujetaba por la pelambre cogotera una cabra del género femenino, y la acometía por detrás en ese empeño tan conocido por nuestros pastores, que consuelan sus noches solitarias en las pirenaicas cumbres, arremetiendo por retaguardia a complacientes hembras de cuatro patas.

— ¡Yo lo sabía! — dijo Jehová, más para dejar sentada su Omnisciencia que porque alguien pudiera escucharlo.

Y así fue que, decidido a poner fin a esa antinatural relación, nacida por su culpa y error al dar vida al único ser impar de todo el Huerto, señaló con el dedo a su creación y le ordenó que terminara.

Si Adán escuchó la orden o fue casualidad es una discusión digna de los sabios de Bizancio. Lo cierto es que se corrió con un grito prolongado, un tanto tartajeante, y cayó al suelo en desmayo, mientras la cabra se alejaba al trote.

Jehová observó a Adán dormido sobre el pasto; la verga flácida y goteando el licor de la vida, y se dijo que la hembra que se merecía debería parecersele, con alguno que otro detalle que los diferenciara y complementara, como los que Adán había encontrado en las cabras. Por eso tomó una costilla del costado derecho del durmiente, al tiempo que extraía también la que sobraba del otro lado. Estaba seguro de que mientras estuvieran en número parejo Adán no notaría la falta. Entonces sopló el hueso para insuflarle vida.

---

Así, un rato después, mientras Jehová retornaba a Edén preguntándose qué haría con la costilla sobrante — porque aunque todo lo ve y todo lo puede, a veces prefiere olvidar el futuro para que el saberse Eterno no lo ahogue en un mar de tedio —, desde los arbustos se elevaban los jadeos, gemidos y gritos de Eva que conocía a Adán, y de Adán que conocía a Eva.

Tal vez sorprenda o hiera la sensibilidad de las mujeres honestas de nuestros tiempos, una madre Eva entregada a placeres imposibles de imaginar para una mujer bien casada, y cuanto más para una virgen. Pero es un hecho demostrado por los santos padres de la Iglesia que los extremos se tocan y confunden, y que el ajeteo lúbrico de las putas mucho se parece al éxtasis de las santas. Además, deben tener en cuenta que cuando Adán y Eva se refocilaban, Dios aún no había creado el Pecado en el Huerto y la vida transcurría sin culpa.

Justamente, Jehová, un tiempo después, regresó al Huerto porque había tenido tiempo de reflexionar sobre lo perjudicial que resulta la carencia de culpa. Sus creaciones reinantes, Adán y Eva, tenían todo lo que podían necesitar, pero ninguna obligación, y sabido es que las prohibiciones alivian el sinsentido de nuestras vidas.

Cuando concurrieron al llamado de Jehová, Adán y Eva se veían silenciosos y envueltos en un relente de cópula que podía olerse a muchos pasos.

—Hijos míos, ustedes saben que fueron creados de la Luz de Nuestros Ojos y para gloria de Nuestra Divinidad, ¿sí?

Adán y Eva cabecearon un asentimiento.

---

– Bien, pero no todo puede ser “facilito”. Desde hoy en más, los voy a poner a prueba... ¿Ven ese árbol? – dijo Jehová, señalando un manzano solitario.

Y Adán y Eva dieron muestras de entendimiento.

– Tienen prohibido comer de ese fruto, al que he llamado Del Bien y Del Mal. Si lo hacen... serán expulsados del Huerto. ¿Entendido? – dijo Jehová.

Y Adán y Eva dieron otra vez muestras de entendimiento.

– Pueden irse... – dijo Jehová, y vio marchar a la primera pareja con los rostros preocupados y haciendo gestos.

Entonces Jehová, que Todo lo tiene Previsto y Nada sucede sin la Intervención de su Divina Voluntad, los llamó otra vez a su lado y proclamó:

– Ordeno que desde ahora en más tengan uso de la palabra para comunicarse el uno al otro los pensamientos, las intenciones y las inquietudes, si es posible que en el Huerto tengan alguna inquietud.

Y fue como si lo hubiera adivinado. Porque en tanto se alejaba alcanzó a escuchar que Adán decía a Eva:

– ¿Cómo que nos va a dar el piro del Huerto? ¿A dónde vamos a ir? ¿Hay otro sitio?

– Hombre, ¿por qué me preguntas a mí? Lo que me molesta es que venga con imposiciones. Que no puedo hacer esto, que me prohíbe lo otro... ¿Quién se ha creído que es?

– Se lo tenía bien escondido eso del otro lugar. Seguro que es mejor que el Huerto...

– Ya está; otra vez no me estás escuchando. Siempre me haces lo mismo...

– Que no, que lo que vale es lo que vale; y a hablar para decir tonterías no le veo la gracia.

---

— ¡Ah, claro! Es que el Señor Importante me va a decir ahora de qué puedo hablar...

— Que no, mujer; no te enojés...

— ¿Sabes qué? ¡Que ya me tienes hasta el moño!

— ¿El moño?

— Algo que estoy inventando, porque no me aguanto más estos pelos hasta el culo y me los voy a atar. ¡Y no me toques más los ovarios con tus preguntas!

Jehová regresó a Edén preguntándose si no había cometido un error de graves consecuencias al darles la palabra, y echando una ojeada al futuro decidió tener a mano la costilla sobrante de Adán, porque iba a necesitarla. Típica intuición Divina.

*(Hete aquí que yo, Teodorico de Reclus, digo que la historia del árbol del Bien y el Mal está muy bien para acercar la verdadera fe a los salvajes, pero cualquier cristiano decente tiene que admitir que Jehová no creó un ser a su Imagen y Semejanza para que fuera absolutamente estúpido. Ergo: la conciencia del Bien y del Mal estaba presente en Adán y su costilla desde el primer momento. De manera que no puede haber sido el comer del árbol prohibido lo que motivó la expulsión del Huerto. Tengo para mí que hubo otra más poderosa razón, y la lectura minuciosa de los clásicos griegos y romanos me permitió ver la luz, y así poder transmitir ésta, la verdad verdadera.)*

Un día Jehová volvió al Huerto. Lo primero que hizo fue contar las manzanas, y no faltaba ninguna. Entonces llamó a Adán y a Eva para darles muestras de su afecto, pero ninguno de los dos acudió a su llamado.

---

Preocupado por la ausencia, Jehová se rebajó a dar grandes voces que retumbaron como truenos sobre el Huerto. Lo único que consiguió fue que unos seres que no tenía vistos, con cuerpo de hombre y patas y cuernos de cabra, emergieran de los arbustos con grandes vergas erguidas como mástiles de nao.

— ¡Eh, que con esos gritos no nos dejas follar en paz!

— ¡Por qué no te callas, barbudo meshugue (1)!

Azorado, Jehová tardó un instante en recobrar el habla, pero menos en montar en cólera.

— ¡Coño! — gritó. ¿De dónde salieron ustedes? ¡Yo soy El Que Todo lo Puede! ¡El Creador!

Una carcajada balante hizo temblar los rostros y las vergas de las caprinas criaturas.

— ¿A vos quién te conoce, papagayo? — dijo uno.

— ¿Y si le rompemos el tujes (2)? — propuso otro.

— ¡No me dan gusto los culos viejos! — negó un tercero.

Y el cuarto, el quinto, el sexto y todos los demás tomaron guijarros del suelo y apedrearon a Jehová, que no percibió daño porque su Presencia es Inmarcesible y Blindada; pero por las dudas tomó distancia para salvar su orgullo.

Entonces fue que Jehová volvió a atronar el Huerto llamando a Adán y a Eva, aunque lo único que consiguió fue espantar a un grupo de seres que de lejos había confundido con caballos, y que en su estampida al galope le pasaron por encima dejándolo cubierto de polvo y con olor a bosta.

Los seres, hembras y machos, eran humanos desde la cintura hacia arriba, y caballos desde la cintura hacia abajo.

Jehová se tomó un momento de respiro para decidir por dónde encaraba ese desmadre. Ya eran dos las especies que

---

no había creado, y que, por lo visto, no estaban dispuestas a adorarlo ni tenerle respeto.

Estaba en eso cuando advirtió que una víbora sobrevolaba un castaño. Han de saber que las víboras en esos tiempos eran como los dragones; es decir, que tenían patas y alas.

Jehová chistó a la víbora y con un gesto le ordenó que se acercara.

La víbora reconoció a su creador y, apresurándose a tragar las castañas que llenaban su boca, dijo:

— ¡Oh, Divino Señor, qué alto honor es contemplar Vuestra Presencia para esta humilde bestia de los aires!

— Ya, ya... — dijo Jehová, que no estaba para perder el tiempo — quiero que me hagas un mandado.

— Sus Órdenes son mi voluntad, Divino Creador.

— Ahora mismo te me vas a buscar a Adán y Eva, y les decís que vengan a Nuestra Áurea Presencia antes de que me caliente y haga un desastre. Los quiero aquí y ahora sin excusas.

— ¿Y si no vienen? — dijo la víbora, cambiando el tono por la duda.

— ¡Tienen que venir! — bramó Jehová, con voz de trueno.

— Pero... — insistió la víbora — ¿Y si no quieren venir?

— ¡Por la hostia consagrada! — gruñó Jehová, que como veía el pasado, el presente y el futuro, siempre tenía alguna exclamación sin estrenar que dejaba a todos en Babia — . Si no quieren venir me dirás dónde están, y yo mismo iré a buscarlos.

— ¿Y por qué yo? — dijo la víbora, con un malhumor creciente que le erizaba las plumas de las alas.

— Porque Yo te lo Mando.

---

—Detesto a la gente que anda con cuentos y se mete en la vida de los otros —silbó irritada la víbora—. Además, Adán es el Rey de la creación y me va a cagar la vida si...

—¡Ya basta! —bramó Jehová, con voz de rayos y torrenteras—, ¡Andá a cumplir con lo que te Hemos Ordenado, bestia inmundada!

Y la víbora desplegó sus alas y se fue volando sobre los árboles del Huerto, refunfuñando sin parar:

—Yo sabía, “bestia inmundada”... al final lo tenía que decir, siempre pagamos los platos rotos los mismos giles, y al fin de cuentas...

Jehová, con los nervios destrozados, por un momento meditó sobre la posibilidad de saltarse el devenir natural del tiempo y traerse del futuro un cigarro, para aplacar la impaciencia echando humos, pero desistió, porque ya estaba todo suficientemente despelotado como para agregar leña al fuego. Y esperó, sentado sobre una piedra.

Esperó y esperó. Podría decirse que hasta que le crecieron las uñas y estaba al punto de ordenar que el mundo volviera al caos original. Pero, decidido a que no pagaran justos por pecadores, dejó volar la Luz de Sus Ojos, y registró palmo a palmo cada rincón del Huerto.

No tuvo que buscar mucho para dar con Adán. Sobre unos riscos que contorneaban una pequeña cascada, Adán acometía por detrás a una cabra que sujetaba por la pelambre del cogote, más para su comodidad que para evitar una fuga que la hembra no mostraba intenciones de emprender. En torno de la doble figura, otras hembras miraban al primer hombre con cariño, y hasta parecía que esperaban su turno. Aquí y allá, retozaban por los riscos decenas de

---

esos seres humanos caprinos que en el futuro serían llamados “faunos”. Por un momento, Jehová, que no recordaba cuántas crías parían las cabras cada vez, se perdió en confusos cálculos, hasta que el horror lo hizo volver en sí, y cerrando los ojos ante tanta iniquidad exclamó:

—Pobre mujer— pensando en Eva, a quien imaginaba hecha un paño de lágrimas por la traición de su marido; con lo que se dispuso a consolarla.

Encontró a Eva en una pradera de florecillas y pastos rumorosos, en medio de una manada de centauros. Por un instante temió por la vida de la nacida de la costilla de Adán, porque la vio en peligro de muerte, cabalgando del revés entre las patas de un centauro macho, con sus piernas y brazos abrazadas al robusto cuerpo caballar. Pero de pronto, algo así como un ahogo le cortó el aliento, al darse cuenta de que el tal galope no iba a ninguna parte, y que Eva estaba siendo penetrada por una verga de la que prefería no conocer las dimensiones.

Ese fue el momento, querido lector que sigues con fervor las enseñanzas de la Biblia Auténtica, en que más cerca estuvieron el Hombre, la Tierra y el Universo de volver a la Nada. Pero, si el hombre peca de orgullo, lo heredado no es robado, porque lo que impidió el retorno al caos fue que en Jehová el orgullo es todo y no se permite fracasos.

Lo pensó un momento, y luego, con un alarido horrísimo que sembró un temblor de pánico entre los seres vivos del Huerto, convocó a Adán y a Eva bajo el manzano.

Naturalmente, llegó primero. Y, con toda premeditación, arrancó una manzana y la arrojó muy lejos.

No más verlo y verse, Adán y Eva comenzaron con una retahíla de acusaciones mutuas y justificaciones.

---

— Es que esta mujer es como la gata Flora, Mi Señor, si se la ponen grita y si se la sacan llora.

— ¿Ah, sí, eh? ¡So maricón! ¿Qué harías vos, Jehová, si tu marido te viene una y otra noche con un olor a cabra que apesta?

Y así estuvieron un largo rato, abusando de la paciencia de Jehová, que los escuchaba en silencio. Estaba claro que tenían la conciencia culpable, y necesitaban desahogarse. Cuando se quedaron sin aliento, y advirtieron que Su Señor los miraba como si ya no estuvieran, cerraron sus bocas y comenzaron a temer.

Entonces Jehová señaló el árbol y dijo:

— Falta una manzana....

Por un instante, en tanto caían en la cuenta de que no eran acusados de sus malandanzas libertinas, y que bien podía ser que el Creador nada supiera, se cruzaron en acusaciones.

— ¡Fue Adán!

— ¡Fue Eva!

Jehová los volvió a mirar desde una gran distancia y les recordó:

— Y dijo Jehová: Tienen prohibido comer de ese fruto, al que he llamado Del Bien y Del Mal. Si lo hacen... serán expulsados del Huerto...

— ¡Fue Eva!

— ¡Fue Adán!

— Ya no importa. Porque el hombre se debe a la mujer y la mujer al hombre. De manera que de ahora en más, vivirán el uno con el otro, ganarán el pan con el sudor de sus espaldas y parirán con dolor seres en todo semejantes a ustedes. ¡Y cuidadito con que sean distintos!

---

Dicho esto, Jehová hizo un gesto, y bajó del cielo un batallón de ángeles armados con espadas de fuego que los empujaron a cruzar sin retorno la puerta del Huerto, e internarse en una tierra en todo parecida al Huerto, pero donde los guijarros se hincaban en las plantas de los pies, el viento frío y el calor ardiente penetraban hasta los huesos, y las bestias los acechaban con babeantes colmillos.

Se perdían en la lejanía, dos pequeñas figuras solitarias, cuando un zumbido en los aires hizo volver la cabeza a Jehová. La víbora, suspendida en el aire por el aleteo de sus ligeras alas, asistía con tristeza al desarraigo.

— Te vi arrojar la manzana — dijo, con la cansada voz del que se sabe condenado.

— No has cumplido lo que se te pidió — dijo Jehová.

— No pude; no soy un traidor...

Jehová meditó un momento la respuesta y, sacudiendo la cabeza con resignación, suspiró:

— Muy loable. Muy moral, verdaderamente. Pero muy poco político. Por no haber estado de Mi Lado te condeno, de ahora en adelante, a perder los pies y las alas y arrastrarte para siempre sobre tu panza.

— Mierda... — dijo la víbora, al dar contra el piso, bruscamente despojada de sus atributos.

— Si te das prisa podrás alcanzarlos.

— No creo que tenga muchas ganas; esos dos van a tener una vida de perros. Podías haber sido un poco más compasivo.

— No me está permitido.

— Excusas... y no te olvides que yo sé por qué los echaste del Huerto — dijo la víbora.

---

—No me olvido — contestó Jehová —, por eso además de arrastrarte por el polvo, perderás el habla y de tu boca sólo saldrá un silbido.

Algún tiempo después, nos enseña la verdadera Biblia, la auténtica, Adán y Eva daban el ser a Caín, al infortunado Abel y a una ristra de hermanos que encontraron mujer en lejanas tierras.

La costilla sobrante de Adán había encontrado su destino. Compadecido de la soledad de Eva, obligada a parir los hijos de todos los hombres, Jehová había soplado y multiplicado la otra costilla para procurar mujeres que la ayudaran en la imposible tarea.

Jehová, El Que Todo lo Puede, es Siempre Misericordioso.

Así como debería haber sido contado, es como hoy lo oyen de mi boca.

1. *meshugue*: Loco

2. *tujes*: Culo, ojete.

Conservamos la forma original en que fueron escritas las dos palabras por Witold Moshe Poniatowsky. Pertenecen al yidish, lengua judía de la diáspora, y hoy son de uso corriente en el Río de la Plata. (R.A.)